

LA REVISTA DE SANTIAGO.

LITERATURA, ARTES I CIENCIAS.

DIRECTORES:

FANOR VELASCO,—AUGUSTO ORREGO L.

SANTIAGO, MAYO 15 DE 1872.

EL TEMPLO

DE LA

COMPañIA DE JESUS EN SANTIAGO DE CHILE.

El ilustrado presbítero don Mariano Casanova publicó a fines del año recién pasado de 1871 una *Historia del templo de la Compañía de Santiago de Chile, i de su incendio acaecido el 8 de diciembre de 1863.*

Es una obrita redactada en estilo fácil i elegante, que se lee con interes.

Contiene datos exactos i curiosos sobre las vicisitudes de la fábrica de aquel templo, en varias ocasiones arruinado o incendiado, i otras tantas reedificado, ménos en la última, cuyo fúnebre recuerdo no se olvidará pronto.

Sin embargo, estos datos se refieren a la parte material del templo.

Me parece que el autor habria debido mencionar tambien otros de distinto jénero, si atendemos al objeto principal de su composicion.

El señor Casanova ha emprendido su trabajo para conmemorar i esplicar la funestísima catástrofe del 8 de diciembre, que costó la vida a tantas jóvenes i a tantas ancianas.

Creo que, si lo hubiera buscado en nuestras antiguas cró-

nicas, habria encontrado que, por una rara coincidencia, aquel mismo templo habia servido en tiempos ya remotos para fiestas semejantes a aquella que fué la causa ocasional de uno de los mas lamentables acontecimientos de que hai memoria.

Todos conocemos la clase de culto que se practicaba desde el año de 1856 en el templo de la Compañía.

Se habia fundado en él una sociedad bajo la denominacion de las *Hijas de María*, la cual tenia por institucion el reverenciar a la Vírjen Madre de Dios.

La veneracion que debian tributarle, particularmente en el mes de noviembre de cada año, era en extremo espléndida i aparatosa.

No era esto todo.

Se habia colocado en el templo una urna cerrada, en la cual cada socia podia depositar un billete en que pedia a la Vírjen María lo que deseaba.

Los miércoles de cada semana, el director o capellan de la sociedad abria en público la urna que contenia los billetes, i la colocaba abierta delante del altar durante la misa.

Cuando la urna se llenaba completamente, el capellan quemaba los billetes sin leerlos, i sin que nadie pudiera saber lo que contenian.

La práctica mencionada duró siete años consecutivos hasta la horrible hecatombe humana de 1863.

Como se ve, se habia materializado, por decirlo así, la oracion.

No bastaba que la creatura, en sus alegrías o en sus tribulaciones, invocase al Creador desde el fondo del alma.

Nó, de ningun modo.

Era preciso que escribiese una carta con sobre a la Vírjen i con direccion al cielo.

Este culto teatral habia causado la mas viva impresion en la imaginacion de las mujeres.

La sociedad contó ya en el primer año de su fundacion siete mil socias.

Los directores de la cofradía fomentaban en las devotas la aficion exajerada a las esterioridades ostentosas del culto.

Durante la gran solemnidad del mes de noviembre, las *Hijas de María* se esmeraban en cubrir las naves del templo con vistosas colgaduras i aderezos, en embellecerlas con las mas variadas flores de mano que se mezclaban a las naturales i competian con ellas, en iluminarlas con millares de luces que hacian la noche mas luciente que el dia.

Esta práctica imprevisora trajo al fin de siete años la jamas suficientemente lamentada catástrofe del 8 de diciembre.

No es mi propósito recordar con detalles este trístisimo suceso, que el señor Casanova refiere en mi concepto con exactitud e imparcialidad.

Lo que me propongo es procurar llenar, al correr de la pluma,

como se dice, el vacío que he notado en el escrito de que se trata.

En efecto, según antes lo he indicado, su lectura me ha recordado ciertos hechos del tiempo antiguo, relacionados con la obra del presbítero Casanova, los cuales a mi juicio habría sido oportuno poner ante los ojos del lector moderno.

La especie de culto teatral que ocasionó el último incendio de la Compañía fué establecido en aquel templo desde su fundación.

Es esta una de esas coincidencias casuales que desde luego llaman la atención.

Se sabe que la orden de San Ignacio, antes de su extinción, fué muy aficionada a rodearse de un prestigio misterioso.

Los jesuitas abusaban de la intervención divina, patente i dramática, en todos los sucesos que les atañían.

Su antigua historia, tal como ellos mismos la referían, se asemejaba a una epopeya, que conjuntamente se desenvolvía en la tierra i en el cielo.

Los milagros eran las incidencias ordinarias de su vida.

En la época moderna, la protección divina en favor de esta famosa orden ha dejado de ser a lo ménos tan ostensible como era antes.

Esta inclinación desmedida a hacer intervenir lo sobrenatural en todas las cosas humanas que animaba a los jesuitas, i que se empeñaban por imprimir a todos sus adeptos, era el resultado lógico de la exaltación mística que experimentaban, i que anhelaban comunicar a los otros.

Los jesuitas oían con desconfianza suma las advertencias de la razón fría i desapasionada; pero cultivaban con particular esmero en sí mismos i en los demás las alucinaciones de la fantasía estimulada por la devoción i por los fervores ardorosos de la sensibilidad que conmovían los objetos religiosos.

Esta tendencia de su espíritu los arrastraba a conceder una importancia decisiva a los aparatos de un culto pintoresco, dramático i aun artificioso.

El templo de la Compañía, que erijieron en Santiago, fué el teatro de este sistema, que plantearon en Chile, como en otros países.

Voi a mencionar algunas de las relaciones características que ellos mismos nos han dejado sobre todo esto.

Los jesuitas son los que hablan en este artículo.

La única parte que me corresponde en él es la elección i el arreglo de los materiales.

Las noticias que van a leerse pueden ser equiparadas a los cuadros antiguos que, cubiertos de polvo i de telarañas, suelen dejarse arrumbados entre los trastos inútiles o estropeados,

hasta que algun curioso los limpia con cuidado para conocer por ellos la fisonomía i los trajes peculiares de los hombres de antaño.

Me parece que estas noticias pueden quizá ayudarnos a comprender uno de los aspectos de la vida colonial.

El año de 1555, doña Marina de Gaete, mujer de don Pedro de Valdivia, pasó por Sevilla para encaminarse a Chile a fin de reunirse con su marido, que ignoraba habia muerto el año anterior en la batalla de Tucapel.

La señora traia consigo para que la acompañase a una niña de doce años, sobrina suya, llamada doña Catalina de Miranda.

Las dos viajeras fueron a oír misa en una de las iglesias de la ciudad.

Tocóles que el sacerdote oficiante fuera el padre jesuita Francisco de Borja, despues santo.

Las dos rezaban mui fervorosamente como quienes iban a partir para un viaje largo i lleno de peligros, que debia conducir las a tierra bárbara i completamente estraña.

El sacerdote oficiante se volvió a los fieles i pronunció la fórmula: *Dominus vobiscum*.

Habiendo la niña Miranda levantado en aquel momento la vista, observó que el rostro del padre jesuita despedia una luz purísima, que penetraba hasta el alma.

La niña se sintió profundamente conmovida con aquella vision, que jamas pudo olvidar; e hizo allí misma voto de pureza, que jamas violó.

Desde entónces, rezó todos los dias cinco veces el Padre Nuestro i el Ave María por la Compañía de Jesus; i desde que llegó a su destino, suplicó incesantemente al Señor que no la llevase al sepulcro sin el consuelo de ver a los jesuitas en Chile.

Trascurrieron veinte i seis años ántes de que esta oracion fuese acogida por aquel que lo pedia hacer.

Al fin de este tiempo, i doce años ántes de que se realizara el suceso, la señora Miranda supo por revelacion que los jesuitas vendrian a Chile.

El padre Luis de Valdivia declaró mas tarde bajo juramento haber oído de boca misma de doña Catalina de Miranda lo que queda referido.

Habia tomado el velo en el monasterio de la Concepcion de Santiago (monjas agustinas) una india llamada Constanza, la cual era tan santa, que hacía milagros.

Cierto dia, la piadosa indíjena pidió a Dios que para servirle mejor, le diese algun arbitrio para distinguir con seguridad los buenos i los malos consejos.

Al punto, tuvo una vision sobrenatural, en que percibió dos religiosos vestidos de jesuitas, traje que a la sazón era del todo desconocido en Chile, porque hasta entónces no habia venido ningun individuo de esta órden.

—Estos, dijo a la india una voz, tendrán mucho acierto para la direccion de las almas, i serán tus padres espirituales.

La india comunicó entónces a algunas religiosas lo que habia visto i lo que habia oído.

Entre tanto, pasó el tiempo, hasta que despues de algunos años, llegaron los jesuitas.

Los padres Baltazar de Piñas i Luis de Valdivia fueron a visitar a las monjas de la Concepcion.

Habiéndolos percibido la india Constanza, exclamó:—Estos son los dos varones que Dios me mostró hace años.

Inmediatamente, tomó por confesor, primero al padre Piñas, i despues al padre Valdivia, que la dirigió por gran número de años.

En cierta ocasion, fué a confesarse con Luis de Valdivia, i le dijo:—Padre, estoi mui desconsolada, porque no sé leer, lo que me priva de aprovechar las lecciones de los libros místicos.

—Pida a la Vírjen que la enseñe, contestó el jesuita a la monja Constanza.

La religiosa india hizo lo que su confesor le indicaba; i cuando ella ménos lo esperaba, advirtió que sabía leer i escribir, como si hubiera frecuentado la escuela por muchos años.

Uno de los cronistas de la órden hace notar que el reino de Chile tuvo la dicha de comenzar a sentir el dominio español el mismo año de 1540 que nació al mundo la Compañía de Jesus por la confirmacion apostólica de su sagrado ministerio.

Sin embargo, pasaron mas de cincuenta años, sin que los jesuitas vinieran a este país.

Tal tardanza era digna de llamar la atencion, porque las personas principales los aguardaban con impaciencia, el obispo de Santiago i el gobernador de Chile los pedian encarecidamente, el virrei del Perú estaba anheloso porque viniesen, el rei Felipe II habia mandado que se les trajese cuanto ántes.

Los cronistas de la órden aseguran que era el demonio el que se daba trazas para estorbar que entrasen a Chile unos soldados tan invictos, que habian de arrebatarle una comarca donde habia imperado por tantos años.

El padre Juan Sebastian de la Parra, provincial de la Compañía

ña en el Perú, se aplicaba las mas sangrientas disciplinas i los más rigurosos ayunos para conseguir desbaratar las tramas del diabólico adversario.

Al fin llegaron de España ocho jesuitas destinados a Chile.

El padre Parra no quiso que continuasen su viaje sin consultarse primero con Dios para saber si sería preferible que los recién llegados quedasen en Lima, siendo reemplazados por otros que fueran más prácticos en los asuntos de Chile.

Para ello, multiplicó sus oraciones i mortificaciones.

El resultado fué que resolvió por inspiracion divina enviar a otros relijiosos diversos de los que habian venido de la Península.

Con este objeto, designó para superior de los que debian ir al padre Baltazar de Piñas, anciano de setenta años, pero en extremo animoso i mui experimentado, i le facultó para elejir siete compañeros.

El padre Piñas escojió a los padres Luis de Valdivia, Hernando de Aguilera, Juan de Olivares (estos dos nacidos en Chile), Luis de Estrella i Gabriel de Vega, i a los hermanos coadjutores Fabian Martínez i Miguel Teleña.

Esta colonia de jesuitas salió del Callao para Valparaíso en el mes de febrero de 1593.

La navegacion mencionada se hacía entónces mas o ménos en quince o veinte dias.

Aquel era tiempo de cuaresma.

Los jesuitas, sin distraerse por las vicisitudes de un viaje marítimo, se entregaban a sus ejercicios habituales de piedad, i consiguieron que los otros viajeros i los individuos de la tripulacion los acompañasen en ellos.

Todos los dias, cantaban las letanías, rezaban el rosario a coros, leian en alta voz libros de relijion o de moral, predicaban, confesaban.

La nave se habia trasformado en un claustro ambulante.

A pesar de todo, el demonio, segun lo advierte un cronista, "rabioso sin duda de ver aquel pequeño relijioso ejército, que le empezaba a hacer cruda guerra desde el camino, i en Chile habia de ser el estrago de su imperio, como despues lo espermentó bien a su costa," determinó tentar contra los jesuitas un nuevo i tremendo ataque.

A los diez i siete dias de navegacion, se levantó la mas formidable tempestad.

Los navegantes se consideraron perdidos sin remedio.

El padre Hernando de Aguilera, cuya palabra era mui elocuente, se puso a exhortarlos, dominando el estruendo de los fu-

riosos elementos, a que encomendarán sus almas a Dios, preparándose para morir.

Los acongojados navegantes, que se veían en el último trance, se confesaban a gritos, i clamaban por la absolucion de sus pecados.

De repente, el animoso predicador guardó silencio, el piloto abandonó el timon, los marineros soltaron los cabos, la suplicante vocería cesó completamente.

La nave, ya medio sumerjida, estaba próxima a zozobrar.

En tan apurada estremidad, los jesuitas acudieron a una reliquia del apóstol San Matias, que llevaban consigo.

La sacaron de la urna, i la mostraron a los atribulados navegantes.

Todos cayeron humildemente de rodillas delante de ella, solicitando amparo.

En seguida, el padre Piñas dejó caer al enfurecido mar, la reliquia, que retenia colgada de una cinta.

Inmediatamente, los vientos se calmaron, i las olas se aquietaron.

El océano se puso tan manso como una laguna.

Sin embargo, el peligro solo habia variado de forma.

Los navegantes no habian recorrido mas que la mitad del camino, i ya estaban tan escasos de víveres, que únicamente podian disponer de unas costras de bizcocho i de unas pasas.

El padre Piñas bajó a la cámara para orar.

Miéntas imploraba el auxilio del cielo, se acercó a la nave un cardúmen de peces dorados, que venian perseguidos por una banda de tiburones, i que se pusieron a la distancia conveniente para ser cojidos con la mayor facilidad.

El peligro del hambre habia sido conjurado tan felizmente, como el de la tempestad.

Los jesuitas llegaron al puerto de Coquimbo a los treinta i nueve dias de navegacion.

En cumplimiento de un voto que habian hecho en medio de las aficciones anteriores, recorrieron descalzos el camino que hai entre el puerto i la ciudad de la Serena.

Fueron derechos hasta la iglesia de San Francisco, donde dieron gracias a Dios, i donde el padre Piñas predicó al numeroso jentío que habia acudido a recibirlos.

Los frutos del sermon fueron abundantes i provechosos.

Habia a la sazón en la Serena una casa que los demonios habian escojido para su habitacion.

Las escenas ejecutadas en ella por los enemigos del jénero humano habian sido tan espantosas e infernales, que el dueño se habia visto obligado a abandonarla.

Algunos individuos tan valientes, como curiosos, habían querido encararse con el príncipe de las tinieblas i sus secuaces; pero su temeridad había sido terriblemente escarmentada.

La casa maldita había llegado a ser un objeto de horror para el vecindario.

Habiendo el padre Piñas i sus compañeros sabido lo que estaba sucediendo, solicitaron que se les dejara ir a alojarse en aquella casa de que se había antojado a los demonios tomar posesión.

En dos noches consecutivas, los usurpadores infernales procuraron molestar a los nuevos huéspedes con todo linaje de alborotos; pero los jesuitas los hicieron huir a fuerza de exorcismos, hasta el punto de que los espíritus del mal no osaron volver a esponderse a recibir tan justo castigo.

Desde entonces la casa tornó a ser tan tranquila como las demás, i pudo ser habitada otra vez por su dueño.

Semejante prodijio colmó de admiración i de entusiasmo a los vecinos de la Serena.

Como era de esperarse, suplicaron a los padres que establecieran una residencia en la ciudad, pero éstos se negaron diciendo que les estaba ordenado pasar a la capital del reino.

Los moradores de Santiago, que aguardaban maravillas de los jesuitas, se apresuraron a suministrarles cuanto los padres habían menester para edificar una iglesia i una habitación o colegio.

El primer rector del nuevo colegio de Santiago fué el padre Baltazar de Piñas; i como éste regresara pronto al Perú, fué el segundo el padre Luis de Valdivia.

Apénas establecido en la capital de Chile, el padre Valdivia había continuado su carrera de prodijios.

Se puso a estudiar la lengua indijena, que aprendió con una prontitud asombrosa. A los trece días, podía oír en confesión a los indios, que empleaban para ello su propio idioma; i a los veinte i ocho, podía predicarles en ese mismo idioma.

Hasta entonces, los indios habían sido considerados mui rudos para entender las cosas de la relijion.

El padre Valdivia manifestó en el ejercicio de su ministerio que era todo lo contrario.

Hubo muchos que en media hora se hicieron capaces de rezar el rosario.

Todo aquello enardecía el entusiasmo de los chilenos por los individuos de la Compañía de Jesus.

El padre Luis de Valdivia no tardó en operar una conversion notable, que causó el mayor estrépito.

Vivia por entónces en Santiago un jóven, natural de Concepcion, el cual tenia por nombre don Diego López de Salazar.

A pesar de que en el tiempo de que estoi hablando apénas habia cumplido treinta años, habia desempeñado ya anteriormente con singular distincion el cargo de secretario del gobernador don Alonso de Sotomayor.

Era noble, rico, de gallarda presencia, mui estimado en la sociedad.

López de Salazar, aunque nunca fué licencioso de costumbres, aprovechaba sus ventajas personales para saborear las vanidades del mundo.

En una ocasion, asistió a la iglesia de Santo Domingo, donde se celebraban las exequias de una dama principal, famosa por la hermosura, i recién casada, a quien la muerte habia arrebatado a pesar de su juventud, i en medio de la opulencia.

El padre Valdivia, que predicaba en aquella solemnidad, ponderó cuán efimeros eran los bienes de la tierra.

Don Diego López de Salazar se sintió tocado en el corazon con las palabras del jesuita.

Apénas concluida la funcion, fué a arrojarse a sus piés para confesarle sus culpas, i rogarle que le admitiese sin tardanza en la Compañía de Jesus.

Antes de concederle lo que el penitente deseaba, el padre Valdivia creyó necesario experimentar su vocacion.

López de Salazar se entregó entónces a tan duras penitencias, que perdió la salud.

El padre Valdivia consintió al fin en admitirle en la Compañía, i le envió a Lima a hacer su noviciado con el propósito de que la variacion de aires le restituyese el vigor perdido.

Tal esperanza resultó vana.

El hermano López de Salazar continuó de mal en peor.

Viéndosele mui agravado de la enfermedad, se le hizo volver a Chile.

Llegó moribundo al colejio de Santiago, donde, recibidos los sacramentos, manifestó el mas vivo deseo de aguardar la hora cercana de su muerte, sin otra compañía que la del padre Valdivia.

López de Salazar estrechaba en sus manos un crucifijo, cuyas llagas besaba fervorosamente, implorando al Señor para que le amparase en semejante trance.

Pasado algun tiempo, el enfermo perdió todo conocimiento.

El padre Valdivia continuó velando al lado de la cama, sin poder decidir si aquello era un desmayo o la muerte.

Al cabo de media hora, López de Salazar volvió en sí, mostrando todas las señales de un increíble júbilo.

El padre Valdivia le interrogó acerca de la causa que habia podido producirle una variacion de ánimo tan sorprendente.

El moribundo rehusó desde luego darla a conocer; però al fin cediendo a las instancias de su confesor, le declaró que el Señor Crucificado acababa de favorecerle con su presencia, i le habia dicho que le esperaba para conducirle al cielo.

Apénas hubo pronunciado estas palabras, don Diego López de Salazar lanzó el postrer aliento.

Todas las autoridades civiles i eclesiásticas i todo el vecindario de Santiago concurrieron a su entierro.

Los portentosos casos que quedan referidos i otros muchos análogos, fuente inagotable de piadosas i edificantes reflexiones, habian asegurado a los discípulos de San Ignacio la mayor reverencia de parte de los fieles.

Los jesuitas se habian aprovechado de esta disposicion de los ánimos para establecer en su templo todas las magnificencias del culto esterno mas suntuoso sin que nada les costase.

Todas las fiestas eclesiásticas eran solemnizadas en el templo de la Compañía con el mas espléndido aparato.

Los encargados de cada una de ellas erijian bajo la cúpula un altar provisional, donde a competencia acumulaban luces i adornos de toda clase.

Era tan excesivo el gasto que se hacía en cera (cuya libra costaba doce reales por lo ménos, i muchas veces diez i seis, o veinte), que se mandó que en los otros altares no se prendiese mas de la ordinaria; i en el provisional, solo veinte i cuatro hachas, cuyas velas no pesasen mas de cincuenta libras.

Las paredes se tapizaban de colgaduras i cortinas; i se adornaban de flores naturales o de mano.

El suelo se cubria tambien de flores, i se regaba con agua de olor.

De trecho en trecho, se colocaban braseros en los cuales se quemaban ámbar i almizcle.

El perfume era tanto, que se percibia desde mucha distancia.

El templo se asemejaba al cielo, dice en su entusiasmo uno de los cronistas de la órden.

Ponian tambien en el altar de la cúpula gran número de adornos de alcorza, que representaban soles, estrellas, quérubines "i otras invenciones de mucha costa i lucimiento," los cuales despues de la fiesta se obsequiaban a los asistentes.

Todas estas cosas eran proporcionadas a los jesuitas con tanta abundancia, que, por ejemplo, en la fiesta de la canonizacion de San Francisco Javier, una sola persona suministró toda la cera

que se prendió aquel día, i además la que se hubo menester para un año entero.

Escusado parece advertir que las ceremonias eran acompañadas de música.

La víspera de cada una de estas funciones, habia fuegos de artificio durante los cuales se tocaban cajas, clarines i trompetas.

El día de la función, solia amenizarse con representaciones a lo divino que ejecutaban los estudiantes, con diálogos o con recitaciones de versos adecuados al objeto.

Las personas que costeaban estas fiestas de iglesia daban en sus casas opíparos banquetes.

Las que acabo de describir eran, por decirlo así, las funciones gozosas de la Compañía.

Habia otras terribles i mui trágicas.

En la cuaresma, la campana tocaba a prima noche cierta señal especial.

La jente entendia lo que aquel toque significaba, i se dirijia al templo.

Algunos fieles, a fin de evitar todo lo que oliese a vanidad, iban disfrazados o tapados.

Habia quienes iban con túnicas blancas para que se hiciera notable la sangre de los disciplinazos.

Otros iban cargados de cadenas.

Otros llevaban cruces a cuestras.

Otros se atravesaban a la puerta de la entrada para ser hollados por los asistentes.

Cuando se habia reunido el concurso, se descubria un crucifijo de tamaño natural.

Despues se cantaba el *Miserere*.

En seguida, un padre estimulaba con estilo patético al arrepentimiento.

Por último, se apagaban las luces, i comenzaban las penitencias.

El predicador, que permanecia en el púlpito, levantaba de cuando en cuando la voz para animar a los pecadores a que se castigaran sin misericordia para su carne.

No se oian mas que sollozos, exclamaciones, golpes de pecho, bofetadas, ayes lastimeros.

Esta práctica era tan del gusto de les fieles, que imploraban a los jesuitas para que la ejecutaran tambien fuera de la cuaresma.

Sin embargo, los padres, temerosos de que la repetición disminuyera el fervor, no consentian en renovarla, sino una que otra vez, en la fiesta de la Vírgen o de algun santo mui principal.



Habia dias especiales señalados para que los indios i los negros se entregasen a esta penitencia de sangre.

Los jesuitas habian alistado en cofradías a los indios i a los negros.

La fiesta magna de los primeros tenia lugar la pascua de resurreccion.

Ese dia se congregaban en el templo de la Compañía, dos horas ántes de amanecer, los indios cofrades, hombres i mujeres.

Unos tocaban cajas; otros, pífanos; otros, clarines.

Quienes llevaban velas encendidas; i quienes, pendones.

Todos estos formaban cortejo a varias andas cubiertas de flores, en que iban diversas imájenes.

La mas notable era una del Niño Dios, con cabellera i traje de indio.

La fiesta de los negros esclavos se celebraba en la pascua de Reyes.

Éstos sacaban en procesion trece andas, en las cuales se representaban las escenas relativas al nacimiento del Cristo.

En una de aquellas andas, aparecia la Vírjen María sentada en un taburete dando de mamar al Niño Jesus.

En la carrera de la procesion, llegaban las andas en que iba el mencionado grupo hasta una nube de gaza, la cual abriéndose de repente, descubria un gran número de ánjeles, cada uno de los cuales tenia uno de los instrumentos de la pasion.

A este espectáculo, el Niño Jesus, dejando el pecho, se abalanzaba presuroso a tomar los instrumentos de su martirio.

Al mismo tiempo, la Vírjen levantaba la cabeza para contemplar aquella escena.

Todo esto, dice un cronista, se ejecutaba con tanta perfeccion, que parecia, no un artificio. sino cosa natural.

Muchos de los negros esclavos iban vestidos i armados a usanza de su tierra, bailando, o haciendo variadas evoluciones.

Tenian la costumbre de elejir todos los años para aquel dia un rei de su nacion, que en nombre de todos ellos tributaba homenaje al Niño Dios.

A pesar de todas las prácticas devotas que quedan referidas, i del infatigable empeño de los padres jesuitas para combatir al enemigo del jénero humano, el demonio hacia entónces en Chile ostentacion de insolencia.

Las apariciones diabólicas eran muy frecuentes, en las ciudades i en los campos.

Parecía que Satanás hubiera venido a establecerse de firme en este país.

Voi por via de ejemplo a recordar algunos de los casos que se referian.

Uno de los presidentes tenia en su servicio un indio prisionero de guerra.

Habia ordenado que le llevasen a la Compañía para que fuese catequizado i bautizado; pero los sirvientes de palacio se habian descuidado en cumplir este mandato.

El demonio quiso apoderarse, no solo del alma, sino tambien del cuerpo de aquel desdichado.

Efectivamente, cierta noche, dos demonios con forma humana penetraron al aposento del indio, que estaba en el interior de la casa, le sacaron al patio, i le suspendieron por los aires.

Iban ya a la altura del tejado, cuando el indio acongojado pronunció el nombre de Jesus, de quien se acordó en aquel duro lance haber oído hablar.

Aquel nombre aterrorizó a los dos demonios hasta el punto de hacerles soltar al indio, el cual cayó al suelo, arrastrando consigo alguna tejas, i dándose un feroz golpe.

Luego se puso el suceso en noticia de los jesuitas, que enseñaron al indio la doctrina cristiana, i en seguida le bautizaron.

Habia en Concepcion, allá por el año de 1636, una casa de que se habia antojado a los demonios tomar posesion.

Los espíritus infernales imponian a los moradores de ella los mas duros tratamientos. Al uno le daban de latigazos, al otro de palos, i así por el estilo.

El dueño de la casa fué a comunicar el suceso al rector del colegio que los jesuitas habian fundado en la ciudad de Concepcion.

El padre resolvió, para espulsar a Satanás i comparsa, recurrir al arbitrio de que dos sacerdotes de la congregacion fueran a decir misa en la casa endemoniada.

Los dos sacerdotes comisionados no consiguieron mas que alborotar al diablo, a quien sentian materialmente, ya pasando de un lugar a otro, ya tocándoles los vestidos o los zapatos.

Se llevó entónces a la casa una reliquia de San Ignacio.

Aquel fué el mas eficaz de los remedios.

El demonio huyó despavorido, i no volvió mas a aquella habitacion, de que desvergonzadamente se habia apoderado.

Existia por aquel tiempo en Chile un hombre mui temeroso de Dios, que tenia la devocion de oír cuantas misas podia.

El demonio le perseguia i atormentaba de todos modos.

En una ocasion iba por el campo, meditando en los medios de salir bien de un negocio desagradable, que le traia acogojado.

De repente, el demonio en figura humana le ofreció desde un árbol cuanto pudiera necesitar, si prometia no volver a oír misas.

El varon piadoso rechazó con indignacion la infernal oferta.

Entónces, el diablo tomó una figura tan horrible, que en el acto habria causado la muerte a la persona de que se trata, si ésta no hubiera acudido al amparo de sus rezos.

—Agradece, le dijo el demonio, que tus oraciones me atan las manos, pues de otro modo ya habrias experimentado el poder de mi furia.

El devoto fué a referirlo todo a los jesuitas, quienes le confortaron alentándole para perseverar en sus buenos propósitos.

El demonio no se dió, sin embargo, por vencido.

Pocos dias despues, el mismo individuo iba a caballo por un terreno mui áspero i montuoso, acompañando a una parienta.

Aunque esta era virtuosa, se dejó exasperar por las molestias del viaje hasta esclamar en un arrebató de impaciencia: ¡lléveme el diablo!

Apénas lo habia dicho, cuando apareció el enemigo del jénero humano en la forma de un caminante con capotillo i sombrero arrufaldado.

Hizo notar su presencia pasando lijero junto a la señora, i azotándole la mula.

Habiendo la señora hecho un movimiento de espanto, su compañero se fijó en el recién venido, i como ya le habia visto en otra ocasion, le conoció al punto.

—¿A qué vienes? le preguntó.

—A llevarme a ella i a ti, respondió el demonio; a ella, porque acaba de rogármelo, i a ti porque la traes por un camino que habia de impacientarla hasta obligarla a llamarme.

—¡Traidor! le contestó el hombre; no conseguirás tus perversos intentos, porque invocaremos en nuestro auxilio el nombre de Jesus.

Efectivamente, los dos caminantes se pusieron a repetir *Jesus*, *Jesus*, i echaron a correr.

Mal de su grado, el demonio se vió forzado a soltar una presa que ya se habia imaginado suya.

Los jesuitas de Chile consignaron este maravilloso suceso en la carta anual que dirijieron a Roma el año de 1633.

Podria multiplicar mucho mas las narraciones de esta especie que abundan en las crónicas de la Compañía de Jesus; pero me parece que los ejemplos mencionados bastan para manifestar la clase de culto a que desde su fundacion sirvió de centro el templo de la Compañía en Santiago.

El abuso de la intervencion sobrenatural i la exajeracion de las esterioridades dramáticas fueron los principales elementos de ese culto.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUT.

¡PUES BONITA SOI YO, LA CASTELLANOS!

(ORÍJEN DE UN REFRAN LIMEÑO.)

Mariquita Castellanos era todo la que se llama una real moza, bocado de Arzobispo i golosina de oidor.

¿No la conociste, lector?

Yo tampoco; pero a un viejo que alcanzó los buenos tiempos del Virey Amat, se me pasaban las horas muertas oyéndolo referir historias de la Marujita, i él me contó la del refran que sirve de título a este artículo.

Mica Villegas era una bolera del Teatro de Lima, quebradero de cabeza del Excmo. señor Virey de estos reinos del Perú por Su Majestad Carlos III, i a quien su esclarecido amante, que no podia sentar plaza de académico por su correccion en esto de pronunciar la lengua de Castilla, apostrofaba en los ratos de enojo, frecuentes entre los que bien se quieren, llamándola *Perricholi*; *La Perricholi*, de quien pluma mejor cortada que la de este humilde servidor de ustedes ha escrito la biografía, era hembra de escasísima belleza. Parece que el señor Virey no fué hombre de paladar mui delicado.

María Castellanos, como he tenido el honor de decirlo, era la mas linda morenita limeña que ha calzado zapatitos de cuatro puntos i medio. Pero asi como la Villegas traia el retortero nada menos que al Virey, la Castellanos tenia prendido a sus enaguas al empingorratado Conde de ***, viejo millonario i que apesar de sus lacras i diciembres conservaba aficion por la fruta

del Paraiso. Si el Virey hacia locuras por la una, el Conde no le iba en zaga por la otra.

La Villegas quiso humillar a las damas de la aristocracia, ostentando sus equívocos hechizos en un carruaje i en el paseo público. La nobleza toda se escandalizó i arremolinó contra el Virey. Pero la bailarina habia satisfecho ya su vanidad i capricho i al siguiente dia obsequió su carruaje a la parroquia de San Lázaro, para que en él saliese el párroco conduciendo el Viático. I téngase en cuenta que por entonces un carruaje costaba un ojo de la cara, i el de la *Perricholi* era el mas espléndido entre los que lucieron en la Alameda.

La Castellanos no podia conformarse con que su rival metiese tanto ruido en el mundo limeño, con motivo del paseo en carruaje.

—Nó! Pues como a mí se me encaje entre ceja i ceja he de confundir el orgullo de esa *pindonga*. Pues mi querido no aprendió a robar como Amat de su mayordomo, i lo que gasta es suyo i mui suyo, sin que tenga que dar cuenta al rey de donde salen esas misas. Venirme a mí con orgullitos i fantasías, como si no fuera mejor que ella, la mui *cómica*. ¡Pues bonita soi yo, la Castellanos!

I vá de digresion. Decíase en Lima que durante los primeros años de su gobierno, el Excmo. señor Virrey D. Manuel Amat i Juinet, caballero del hábito de Santiago i condecorado con un cimiterio de cruces, habia sido un dechado de moralidad i honradez administrativa. Pero llegó un dia en que cedió a la tentacion de hacerse rico, merced a una casualidad que lo hizo descubrir que la provision de los correjimientos era una mina mas poderosa i boyante que las de Pasco i Potosí. Véase como realizó tan portentoso descubrimiento.

Acostumbraba Amat levantarse con el alba, (que como dice un escritor amigo mio, el madrugar es cualidad de buenos gobernantes) i envuelto en una zamarra de paño burdo, descendia al jardin de Palacio i se entretenia hasta las ocho de la mañana en cultivarlo. Un pretendiente al correjimiento de Saña o Jauja, los mas importantes del vireynato, abordó al Virey en el jardin, confundiéndolo con su mayordomo, i le ofreció algunos centenares de peluconas porque emplease su influjo todo para con Su Excelencia, a fin de conseguir que él se calzase la codiciada prevenda.

—Esas tenemos, señor mayordomo? dijo para sus adentros el Virey, i desde ese dia se dió tan buenas trazas para hacer su agosto sin necesidad de acólito, que en breve logró contar con fuertes sumas para complacer en sus dispendiosos caprichos a la *Perricholi*, que dicho sea de paso, era lo que se entiende por *mani-rotar* i *botarate*.

Volvamos a la Castellanos. Era moda que toda mujer que algo valia tuviese predileccion por un faldero. El de Marujita era

un animalito mui mono, un verdadero dije. Llegó a la sazón la fiesta del Rosario, i asistió a ella la querida del Conde llevando tras sí una criada que conducia en brazos a Cupido. Ello dirás, lector, que nada tenia de maravilloso; pero es el caso que el faldero traía un collarin de oro macizo, con brillantes como garbanzos.

Mucho dió que hablar durante la procesion la estravagancia de exhibir un perro que llevaba sobre sí un tesoro: pero el asombro subió de punto cuando terminada la procesion se supo que Cupido con todos sus valiosos adornos habia sido obsequiado por su ama a uno de los hospitales de la ciudad, que por falta de rentas estaba poco menos que al cerrarse.

La Mariquita ganó desde ese instante en las simpatías del pueblo i de la aristocrácia todo lo que habia perdido su orgullosa rival Mica Villegas; i es fama que siempre que la hablaban de este suceso decia con énfasis, aludiendo a que ninguna otra mujer de su estofa la excederia en arrogancia i lujo; — ¡Pues no faltaba mas! Bonita soi yo, la Castellanos!

I tanto dió en repetir el estribillo, que se convirtió en refran popular, i cómo tal ha llegado hasta la jeneracion presente.

RICARDO PALMA.

Lima, 1872.

A LA POETISA

SEÑORA JERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

De un rincon de la América, señora,
A las plantas del Andes altanero,
Te admira i te saluda una cantora
En rudo verso i con amor sincero.

Yo no sé de los dioses el acento,
Idioma tan precioso no he aprendido;
Mas tengo de mujer el sentimiento
I en tus versos, señora, yo he sentido.

Tú conmueves el alma a tu albedrío;
 Me estremece el acento de tu lira,
 I tus pájinas moja el llanto mio
 I el pecho opreso de emocion suspira.

Cuando elevas tus quejas al jilguero
 Tu amor de niña i único tesoro,
 Tu amigo fiel, tu bello compañero
 Que te alegraba con su pico de oro;

Veo la jaula del ingrato amante
 Estremecerse por la vez postrera
 I a tí llorosa, pálida, anhelante
 Seguir su vuelo por la vasta esfera.

Por tí a esa Cuba tan hermosa veo,
 Aspiro el grato aroma de sus montes,
 En sus bosques de palmas me recreo
 Escuchando el concierto de sisontes.

Bajo tu pluma hasta el insecto brilla,
 La humilde choza i el derruido escombros
 La aldeana hermosa i a la par sencilla,
 El cazador con la escopeta al hombro.

Desde el Beduino de la faz tostada
 Que cruza mares de candente arena,
 La lengua seca por la sed quemada,
 El alma exenta de temor i pena,

La blanca nube que en el éter jira,
 La tempestad que con fragor retumba,
 La tierna amante que de amor suspira
 I aun los misterios de la fria tumba:

Todo tu jénio creador lo esplica,
 Todo lo alumbrá tu inspirada mente:
 Tu arpa armoniosa de concertos rica
 Será el encanto de remota jente.

ROSARIO ORREGO DE URIBE.

ULTIMOS MOMENTOS
DE CRISTOBAL COLON.

TRADUCCION LIBRE

DE LA CÁNTICA ESCRITA EN ITALIANO POR EL SEÑOR CAZZOLETTI,
PARA ERNESTO ROSSI I DEDICADA AL EMINENTE ARTISTA.

Anciano i pobre muero; escrito estaba!
Vida de penas en la angustia acaba!
Mas Dios, entre esas penas, Dios me ha dado
De un gran placer, tan íntima alegría,
Que con él comparado
Todo pesar es risa: Dios me ha hablado!
Dios, que cuando a este mundo un rayo envia
De la luz de su mente,
Vá a Italia, en tí se encarna, o patria mia!
“Sigue, me dijo, el rumbo hácia occidente,
El camino del sol!” i abri los ojos
I vi del mar, entre celajes rojos,
Surjir un mundo nuevo! Eran llanuras,
Campos estensos, pintorescas lomas,
Selvas de ignotas plantas; espesuras,
Frutos de la India i las preciosas gomas
Que la Europa codicia; en las estrañas
Selvas, aves sin nombre;
Rico en perlas el mar i las montañas
Ricas en oro; i libre i fuerte el hombre!...
I la voz repetia: intenta! intenta!
Vé hácia allá, vuelve i cuenta!
Pero yo soi tan pobre; en qué me embarco?
Sus velas no abre a la pobreza el viento
Ni a su voz obedece ningún barco.
Solo tengo una idea! un pensamiento!
I fui de reino en reino; por un poco
De oro, yo lo ofrecí i escarnio obtuve
I así quince años mendigando anduve.
Nadie me oyó i a nadie oí tampoco.
Loco! i Dios era quien hablaba al loco!

Mas cerca del balcon! Que el mar yo mire,
Que su salubre atmósfera respire!
El mar! el mar! que era ántes infinito

Por mí, en nuevas riberas circunscrito!
El mar! mi reino! amigo i compañero
De mis sueños de gloria! Todavía
Darte mí amor i saludarte quiero
Amigo leal de mi última agonía!
Así estabas, azul, bello, tranquilo,
Cuando por vez primera abrí tu seno
I me lancé a lo ignoto; horrendo asilo
Te fingía el terror de monstruos lleno.
Latía el corazón, mas no temblaba.
Vuela mi buque, vuela, yo exclamaba,
Para vencer al mar me sobran bríos,
No temo, temo el miedo de los míos!
No detengas tu marcha ni un momento.
Ea! amigos! he visto ya la tierra!
Yo la veo en mi propio pensamiento!
Allí está! allí! mi cálculo no yerra!
Tendamos velas a la ignota orilla,
Dios nos ayuda, es favorable el viento
I ola amorosa empuja nuestra quilla!

Pasan días, semanas,
Meses en fin, i nadie pisa el suelo
De esas costas lejanas.
Abajo, siempre mar, arriba, cielo!
Feroz codicia mueve a los que solo
Buscan oro! Otro polo,
Otras estrellas, otro mar inmenso!
Yo sigo el rumbo i pienso!
Esperadme tres días, esperadme
Tres días nada más; después matadme!.....

Vuelan aves, tendiendo hacia el poniente
Rapidísimas alas; el ambiente
O creación, con tus flores embalsamadas,
I véñese algas nadar, troncos i ramas.
Es la tierra! es la tierra! Rompe un grito
De aquellos cielos la mudez eterna.
Es la tierra! con júbilo repito
Opresa el alma de emoción interna!
En la costa una luz dá confianza.
Sueño talvez? No es sueño! es ella, es ella,
La tierra ansiada, virjinal i bella
Cual la novia de un héroe; tan florida
Como ha sido en tres lustros mi esperanza,
Apenas ha nacido, ella se avanza;
Vedla i ya ríe de soberbia vida!

Echad el ancla i amainad las velas.
 Mundo, ante tí me postro reverente.
 Por mí pensado, al orbe te revelas,
 Salve otra vez, o mundo de mi mente!

I no es mio su mar? No lo es su espacio?
 Mis súbditos do están? do mi palacio?
 Mi real corona, premio de esa hazaña?
 Dónde están tus promesas, Rey de España?
 En la Alhambra rendida
 Ostentabas tus triunfos; respetuosa
 Tus pies besaba la ciudad vencida;
 Entónces, en su via dolorosa,
 Por su afan i una idea conducido,
 Un hombre ántes de tiempo encanecido,
 Un misero italiano
 Trayendo a un pobre niño de la mano,
 Pisó las gradas de tu sólio augusto;
 Le hacian guardia infantes, héroes, gloria,
 De España toda el esplendor vetusto!
 O Rey, o Rey, despierta tu memoria:
 Qué te dijo Colon? qué dijo el sabio
 Con firme acento i sin temblarle el labio?
 El trono de Aragon te dió la cuna,
 El cetro de Castilla amor profundo
 I el reino moro bélica fortuna;
 Yo quiero darte mas;..... te doi un mundo!
 I cuando regresé del largo viaje
 I oro i escencias de tus reinos traje,
 Tuyos, sin sangre i sin rencor tirano;
 Cuando dí a fátuos doctos la respuesta
 Con la verdad que el hecho manifiesta;
 “Es centella de Dios el jénio humano,
 Dijiste, i no hai corona que lo iguale;
 Lo que no vale un rei el jénio vale.
 Con la frente desnuda,
 Grandeza, al jénio y a Colon saluda!”
 I ese jénio yo soi, Colon, el mismo
 Que trajo el oro en que la Europa nada
 I en que España se ahita en su egoismo;
 Jénio sin pan, mendigo sin morada!
 Descubridor de un mundo
 No tengo un lecho, una tranquila almohada,
 En que acostar mi cuerpo moribundo.....
 Ah! tanta iniquidad calle la historia
 A las razas futuras; que no cuente
 Que ató a mis manos tu furor demente

Ingrato Rey, los hierros que aun conservo;
 Ni que en el mundo en que radió mi gloria
 Me diste en pago la prision del siervo!
 Historia horrible! O Dios, si en tu alto juicio,
 Estaba decretado
 Que tal merced siguiera al beneficio,
 Gracias, señor, que a Italia no lo he dado!
 O mar! tu vista, atroz remordimiento,
 Suscita en mi que somos inocentes
 I reos de un gran crimen.
 Vendrá con la esperiencia el escarmiento,
 I en los males presentes
 Echará raiz el bien, tendrá el olvido
 Losa muda en los siglos que redimen;
 Ah! que entónces mi nombre bendecido
 Sea i gloria tardía, pero aústera,
 Con su lauro inmortal honre mi tumba!
 El flaco cuerpo a su dolor sucumba.....
 Cubrid, cubridme el rostro, i en paz muera!.....

GUILLERMO MATTA.

Santiago de Chile, abril de 1872.

VENECIA.

(Continuacion).

X.

Venecia volvió a encontrarse sin mas compañero que su madre como en otro tiempo, pero en vano se empeñaba en pensar como en aquellos dias lejanos, en vano buscaba una distraccion en sus antiguos juegos. Ya no podia viajar por reinos imajinarios, ni transformar el limitado mundo que conocia en el mundo encantado de los sueños. Sus horas de juego habian pasado para siempre i suspiraba inútilmente recordando su fiel i simpático compañero. El mundo de la fantasia se rendia sin combate ante la espada conquistadora de los recuerdos.

Cuando estaba sola lloraba, i ese instinto misterioso de la mujer le enseñaba a ocultar a su madre esas lágrimas queridas. Oír hablar de Platagenet era para ella tan dulce como ir a la Abadía. De vez en cuando llegaba una de sus cartas en que siempre les hablaba de la vuelta, pero las recreaciones se sucedían unas a otras i Plantagenet no venía. Poco a poco fué hablando ménos de Cherbury i por fin no les escribió mas.

Así llegó Venecia a los catorce años, creciendo bella i pura al suave calor del afecto de su madre. La inspiración de este amor sagrado cuidaba como un ángel guardian la vida de Venecia. La despertaba de su sueño en la mañana con un beso i santificaba en la tarde su almohada con una bendición; disipaba las dificultades del estudio i guiaba su mano trémula cuando dibujaba; refrescaba su memoria, modulaba su voz, la acompañaba en su alcoba i se arrodillaba a su lado en el altar. ¡Qué sublime i hermoso es el amor de una madre! Venecia no veía una felicidad mayor que pasar por la vida iluminada con la sonrisa de su madre, recostándose con afecto apasionado sobre aquel seno benéfico i guardian.

Sin embargo, estaba pensativa. Ese mismo amor a su madre, ese mismo tesoro inefable del amor a sus padres arrojaba su espíritu en un abismo de reflexiones. ¿Por qué no tenía padre? ¿Qué misterio la envolvía? A la verdad que Lady Annabel no le había prohibido jamás hablar de él, pero sin embargo, ella comprendía que haciendo alguna alusión a aquel asunto haría sufrir al ser que más amaba sobre la tierra. Esta era una convicción que había crecido con sus años i se había fortificado con sus fuerzas. Perdonable, natural, hasta laudable como era la ansiedad de una hija en tal asunto, un instinto que no podía vencer cerraba los labios de Venecia. Había un hombre que no se recordaba jamás delante de ella. ¿Quién era él? ¿Por qué la privaban del único consuelo que le quedaba después de haberlo perdido, el consuelo de acariciar su memoria? Venecia lo observaba todo, i lo recordaba todo. Estando en la soledad, sin nada que la distrajera sus impresiones nunca se desvanecían. No olvidó jamás las lágrimas de su madre en el paseo a Marringhurst; i de algún modo o de otro ella pensaba que Masham estaba unido con esas lágrimas. Siempre que Lady Annabel estaba muy triste era después de una visita del doctor. Quizás, se decía, todo es solo una ilusión, quizás el recuerdo de mi padre es el que la aflige, quizás habla de él con Dr. Masham. Pero sin embargo, sin embargo—i envano razonaba. Había algo que se apoderaba de su espíritu i lo hacía doblegarse ante la irresistible creencia de que su existencia estaba envuelta en un misterio. El misterio presupone la idea de una culpa. ¡Culpa! exclamaba aterrada. ¿Quién fué culpable? Venecia sentía vértigo mirando la corriente de sus propios pensamientos. Por fin, la posta que rara vez llegaba a Cherbury trajo una carta para Lady Annabel. Su lectura pareció ajitarla vivamente;

mudó su semblante, temblaba su mano. A pesar de sus esfuerzos por ocultar esa viva emoción, guardó un silencio inacostumbrado, acabó por levantarse de la mesa de almuerzo i dirigirse a la ventana fingiendo entretenerse en mirar el jardín. Me parece, dijo a Venecia en un tono resuelto, que ahora tengo que ir a ver al Doctor; hai un asunto que deseo consultarle, pero no te incomodaré, mi hijita, pidiéndote que me acompañes.

Poco despues subió al carruaje i se alejó de su hija. Venecia que la miraba atentamente, sorprendida por la estraña influencia de aquella carta misteriosa, vió una lágrima rodar por la mejilla de su madre. Inquieta, sin saber por qué, fué a pasearse por el jardín. La naturaleza sonreía a su rededor. Todavía era la primera i ya el verano principiaba a acercarse: era esa época en que la esperanza i el fruto se encuentran, en que la existencia está mas llena de deleites voluptuosos i delicados a la vez, en que el organismo humano es mas sensible a la alegría i la majestad de la naturaleza.

¿Por qué el espíritu de la bella e inocente Venecia no era tan brillante como la escena que la rodeaba? Hai modos de ser del pensamiento que desafian el análisis, que nacen de una misteriosa simpatía que no podemos penetrar. En ese momento la idea de su padre se apoderó irresistiblemente de la imaginacion de Venecia. No podia desechar la idea de que la carta i la agitacion de su madre estaban unidas de una manera, para ella inexplicable, con aquel asunto prohibido. Estraños incidentes de su vida cruzaron al traves de su memoria; las lágrimas de su madre en Marringhurst, los cuartos misteriosos, la visita nocturna de Lady Annabel que Lord Cadurcis habia sorprendido. Venecia dominada por estas ideas que la asediaban como espíritus malignos acabó por llegar al extremo de la exitacion nerviosa.

Con un propósito vago entró a su casa i se dirijió a las habitaciones de su madre. La señora Pauncefort que estaba allí arreglando los trajes de Lady Annabel, abrió una caja de resorte para guardar algunos lazos de cinta. Venecia que estaba a su lado debió ver ahí algo, cuya vista la ajitara mucho porque se puso pálida, i se apresuró a retirarse a su cuarto.

Echó llave a su puerta. Estuvo algunos momentos sin saber lo que le pasaba; se acercó a mirarse al espejo; su cara estaba completamente pálida pero sus ojos brillaban con la exitacion. Algunos minutos despues salió al vestíbulo i escuchó. Todo estaba en silencio. La mañana llenaba la casa con su alegría; ninguna voz, ningun sirviente turbaba aquella completa quietud. Se acercó al cuarto de Lady Annabel. Su paso era lijero pero ajitado i parecia que apenas se atreviera a respirar. Abrió la puerta, entró, i oprimiendo el resorte de la caja, sacó algo i se volvió corriendo a su cuarto.

¿Qué era esa prenda que la trémula Venecia tenia entre sus manos convulsivas sin atreverse al parecer ni siquiera a exami-

narla? ¿Es esta la niña alegre i serena cuya fisonomia tenia el esplendor de un dia sin nubes? ¿Por qué está tan palida i tan perturbada? ¿Qué impulso extraño ajita su organismo? Lo que ella apreta en su mano es una llave! Una llave que vió un dia entre las manos de su madre ajitada i llorosa, una llave que le parece encierra ese misterio que ya no puede soportar!

Venecia apretaba esa llave como si fuera el talisman de su existencia, miró al cielo como si le pidiera proteccion, sus lábios parecian moverse i de nuevo salió de su cuarto. Con paso rápido cruzó la galeria i fué a detenerse delante de aquella puerta tan largo tiempo cerrada i que por tan largo tiempo habia excitado su curiosidad. Miró a su rededor. No habia nadie. Con una mano trémula tomó el candado; pero las fuerzas le faltaron. Por un minutó creyó que aquella llave despues de todo no resolveria el misterio, pero la llave entró i abrió el candado fácilmente. Venecia se encontró en una pequeña antesala. Cerró la puerta con el mayor cuidado. Abrió la del fondo i se halló en un salon espacioso. Al principio no veia nada, luego distinguió algo.

Delante de la ventana habia en esa pieza un lecho nupcial, cubierto por una tela de raso blanco ricamente bordada; las cortinas medio cerradas; algunas sillas de ébano, candelabros de plata i, precisamente enfrente de la puerta abierta por Venecia, una cortina de seda verde que ocultaba un cuadro al parecer, formaban el ajuar de aquel salon. Una abrumadora quietud lo envolvía todo: Venecia, pálida i sin moverse, miraba con el aliento suspendido, la cortina distante que parecia fascinarla. Por fin, reuniendo sus fuerzas, como si fuera a llevar a cabo una terrible pero inevitable empresa, atravesó el cuarto; volviendo la cara, cerró los ojos en un paroxismo de excitacion verviosa, estendió su brazo i con un movimiento rápido corrió la cortina. El áspero sonido de los anillos de bronce frotando el cordon que sostenia la cortina, el único ruido que hubiera llegado a su oido en aquel aposento místico, la hizo temblar. Levantó la cabeza. Tenia delante el retrato de un hombre en la primavera de la vida i la belleza. Su estatura mas elevada que la ordinaria era llena de gracia; su fisonomia revelaba la amabilidad i la fuerza. Cuando Venecia Herbert miraba esa fisonomia se sintió profundamente impresionada. Le parecia que cuando sus ojos encontraban los ojos del retrato un cambio de mútua simpatia pasaba por ellos. Le parecia que habia llevado a cabo un gran proyecto, que habia llenado un fin vasto, aunque indefinido. Su alma estaba turbada i oprimida por emociones que la dominaban: queria pronunciar la única palabra que pudiera espresarlo todo, pero esa palabra temblaba entre sus lábios convulsivos sin atreverse a pasar por ellos. Miró a su rededor con un ojo iluminado por un fuego sobrenatural como si buscara el apoyo de un ser invisible o como

si quisiera que un coro anjélico i flotante cantara esa palabra divina cuya espresion parecia absolutamente necesaria a su existencia. Su mejilla estaba encendida, su ojo trémulo i salvaje, las venas azules de sus párpados dilatadas, el pelo caido sobre la frente. Venecia parecia en ese momento una sacerdotisa en las convulciones de la inspiracion i a punto de pronunciar el oráculo.

El cuadro estaba colgado en un marco ancho i macizo i en el centro de su base llevaba esta inscripcion:

Marmion Herbert.—Act. XX.

Pero no necesitaba de ella para guiarse el espíritu ajitado de Venecia, i ántes de que su ojo la descubriera, cayendo de rodillas delante del retrato, la hija de Lady Annabel exclamó:—Padre mio!

Al fin lo habia descubierto; un destino irresistible despues de tantos años la guiaba a este cuarto. Ella mirando ese retrato se sintió la hija de Marmion Herbert i contempla su perdido padre. Aquel ser de belleza sobrenatural que mira con tanto respeto i tanto amor, aquel ser, es su padre. La realidad era superior a lo que ella se habia imaginado; las visiones mas brillantes de gracia, de amor i de jénio parecian personificadas en aquellas formas. Pero ¿se habia muerto? Ah! cómo dudar de esa terrible desgracia? Ahora creia esplicarse que una mujer que habia vivido a la luz de esos ojos seráficos, i los habia contemplado, hasta que su esplendor terrestre se apagara para siempre, huyera las conversaciones que le recordasen la pérdida de todas sus esperanzas en la tierra. Ahora no se admiraba de que Lady Annabel, que quizás la misma primavera habia sido la mas feliz i la mas desgraciada de las mujeres huyera del mundo en que habia encontrado al mismo tiempo una fortuna tan brillante i una desesperacion tan amarga. Las lágrimas rodaban por sus mejillas mientras pensaba en los sufrimientos de su madre, que habia cuidado tanto de que no llegaran hasta su hija i el empeño con que habia trabajado por compensarla de esa pérdida, cuya magnitud Venecia podia solo ahora comprender.

Pero ¿cuándo, dónde, cómo, habia muerto? Ah! si ella pudiera hablarle a su madre siempre de él! Marmion Herbert!—¿Quién era Marmion Herbert? Era jóven, el mando i el jénio, el orgullo i las pasiones nobles, toda la gloria de un pensamiento creador parecian estampadas sobre sus párpados. Con toda su belleza maravillosa parecia un ser nacido para la grandeza. Muerto!—en la primavera de la vida i en una primavera tan suave i tan espléndida—¿podia haber muerto? Ella se resistia a creerlo; habia algo en esas formas que no podia morir sin dejar a la humanidad una pródiga herencia de su gloria.

Venecia se acercó al lecho nupcial de sus padres. Tomó la corona de flores marchitas i una de las flores al tomar la corona se cayó: se bajó a recojerla i guardó las hojas desprendidas en su seno. Se acercó a la mesa en cuyo centro habia un volúmen, i sobre este un puñal de curioso trabajo. El volúmen empastado con terciopelo tenia la palabra *Annabel* grabada con oro. Venecia lo abrió; el volúmen estaba manuscrito i en el fróntis se leian estas palabras:

“A la señora de mi amor, su *Marmion Herbert*”

Venecia ojeaba esas pájinas en que el corazon del poeta habia cantado hasta los menores detalles del período mas feliz de su existencia, pintando aquí sus esperanzas, allí sus dudas, su pasion, todo lo que encerraba de divino i de puro. En medio de esas pájinas se detiene ajitada, temblando i pierde su alma entera en la lectura de aquellos versos que escribió su padre el dia en que ella nació.

Una hora pasó i Venecia no se movia. Leia i releia las únicas palabras de los lábios de su padre que hubieran llegado hasta su oido. En medio de aquella contemplacion estática oyó un ruido. Se le ocurrió que su madre podia haber llegado—oyó i saltó—volvió a colocar el volúmen sobre la mesa—le dió al retrato una última mirada, larga, tierna, febril—salió apresuradamente i fué a dejar la llave que le habia descubierto tantas maravillas en su caja—se retiró a su cuarto en el paroxismo de aquellas encontradas emociones, que le impedian apreciar el estraño descubrimiento que ya habia dado un nuevo color a su existencia.

XI.

Poco despues llegó Lady Annabel, pero Venecia estaba de tal manera agotada por las vivas emociones de aquel dia que no tuvo fuerzas para salir a recibirla. Luego fué la madre i entró al cuarto de su hija tan despacio, tan despacio, que ella no la oyó. Venecia estaba recostada sobre su lecho, vuelta la espalda hácia la puerta. Su madre estuvo algunos instantes a su lado sin que ella la sintiera.

—¿Mi hijita, está enferma? preguntó Lady Annabel.

—¿Es Ud., mamá? dijo Venecia volviéndose rápidamente.

—Ud. está enferma. Sus manos están mui calientes. Ud. tiene fiebre ¿Cuánto tiempo hace que mi Venecia está enferma?

Venecia suspiró, sin poderle responder. Lady Annabel se sentó al lado de la cama teniendo entre sus manos la de su hija, observándola con una gran ansiedad.

—Respóndame, hijita, continuó, ¿qué siente Ud?

—La cabeza, murmuró Venecia.

—¿Le duele mucho? preguntó la madre i la hija no respondió.

Lady Annabel salió del cuarto i llamando a la Pauncefort le comunicó sus inquietudes ordenándole que hiciera llamar a toda prisa a Mr. Hawkins, médico de Southport. Volvió a entrar al cuarto de su hija, se sentó a su lado para bañar sus sienes con agua de rosa; pero Venecia parecía no conocer esta atención de su madre, parecía inconsciente de todo lo que sucedía. De cuando en cuando suspiraba profundamente.

Una vez Lady Annabel le dirigió la palabra, pero Venecia no contestó, ni siquiera parecía verla. La madre concluyó de todo esto que el cerebro de su hija se había afectado. ¿Pero, por qué este ataque tan rápido que parecía haber postrado en un instante las facultades de su hija? Hacia pocas horas que Venecia había quedado en todo el vigor de su salud i su belleza. Fué una hora de ansiedad i angustia la que pasó Lady Annabel hasta que llegó el Doctor. Sin embargo, todo lo que Mr. Hawkins pudo decir, era que Venecia tenía una gran fiebre, pero la causa se le ocultaba i la rapidez del ataque lo dejaba perplejo.

La noche avanzó, Lady Annabel leía lejos de su hija para dejarla dormir. De repente Venecia habló, pero dijo solamente una palabra—“Padre.” Lady Annabel, saltó sobre su asiento; el libro casi cayó de sus manos; se puso pálida. Sin respirar escuchó i de nuevo Venecia volvió a hablar i de nuevo llamó a su padre. Haciendo un esfuerzo se acercó a su hija. Venecia estaba acostada de espaldas, sus ojos cerrados, sus labios temblaban todavía con la extraña palabra que acababan de pronunciar. Otra vez sonó su voz; cantaba, con una voz de ángel, versos. El sudor rodó en gruesas gotas por la pálida frente de la madre. Continuó Venecia, i Lady Annabel, arrojándose de rodillas levantó al cielo sus manos con la agonía del asombro, el terror i la devoción. El secreto quedaba descubierto. ¡Si! Venecia había penetrado en esos cuartos largo tiempo cerrados; el trabajo de tantos años se había perdido en un momento; Venecia había descubierto su padre i el resultado de ese descubrimiento quizás sería su muerte.

—¡Dios mio! exclamó Lady Annabel en medio de las torturas de su pensamiento, ¿qué esta sola esperanza de mi vida no se desvanezca! ¡Dios mio! que no me abandone jamás, que ella no sepa que él vive, que no comprenda nunca la secreta agonía de la vida de su madre! Sálvala ¡oh Dios mio! sálvala de su fatal, de su irresistible influencia! Mírame en este momento con piedad, vuélveme el corazón de mi hija i si está en mi sombrío destino ser sobre la tierra una esposa sin marido. ¡Dios mio! no añadais a esta amargura que yo sea una madre sin hijo!

En ese momento llegó el médico. Sacó su reloj i contó el pul-

so con gran atencion; colocó su mano sobre las sienes de Venecia i movió la cabeza.—Estos hermosos crespos deben caer, dijo. Lady Annabel inmediatamente trajo las tijeras como si la demora de un minuto pudiera ser fatal. El cirujano cortó esos largos bucles de oro. Venecia, llevándose la mano a la cabeza dijo en voz mui baja:—Son para mi padre.—Lady Annabel tuvo que apoyarse en el brazo del cirujano.

—Es mi deber le dijo éste, advertirle que la señorita Herbert está en un peligro inminente. Tiene los síntomas de una fiebre del carácter mas maligno. No puedo responder por su vida.

Desde ese momento Lady Annabel no se separó del lado de su hija, espiando cada uno de sus movimientos, arreglando sus almohadas o refrescando sus cienes abrazadas.

El cuarto dia del ataque comunicaban los médicos con alegria a Lady Annabel un cambio favorable. Venecia principiaba a dormirse pasada ya la crisis. Todos suplicaban a la madre se retirase a tomar algun descanso, i ella, cediendo a sus instancias, por primera vez abandonó el cuarto de su hija.

Entró a su salon i tomando la llave se dirigió a los cuartos secretos—esos cuartos en que ella habia imitado exactamente la alcoba nupcial del castillo de su esposo. Entró con paso lento pero resuelto i dirigiéndose a la mesa tomó el libro; se abrió en el canto a Venecia. Las pájinas habian sido recientemente humedecidas con lágrimas. Se sentó delante del retrato que miraba mas bien con despecho i rabia que con cariño.—Marmion! exclamó. Durante quince años, consagrada al retiro, he llorado, en este templo de los afectos burlados, el pasado inevitable. La hija de nuestro amor, quizás por un destino irresistible, ha encontrado el camino que conduce a este lugar sagrado, que durante tanto tiempo ocultó mis pesares. Por fin, sabe quien es su padre. ¡Qué nunca sepa mas! ¡Qué nunca sepa que el ser, cuyo retrato ha despertado su adoracion es indigno de esos dones gloriosos que el creador ha derramado sobre él! ¡Marmion! pareces reirte de mí, pareces gozar del triunfo que has tenido sobre el corazon de tu hija. Pero hai en el afecto de la madre un poder que es capaz de derribarte todavía. Hasta ahora, he venido aquí a llorar mi pasado; hasta ahora he venido aquí a contemplar ese retrato, que a pesar de cuanto ha sucedido, era quizás bastante débil para amar. Pero esos sentimientos han pasado para siempre. ¡Si! tu quisieras robarme mi hija, arrancarme del corazon el único consuelo que me has dejado. Pero Venecia será mia i yo ya nunca seré tuya. Nuestro amor, los restos que aun quedaban de ese amor, se han desvanecido. Tu has sido mi enemigo, ahora yo seré el tuyo. Miro tu retrato por la última vez; i así prevengo que la fascinacion mágica de tu fisonomia se apodere otra vez de los sentimientos de mi hija. Así, i así!—Mientras hablaba de este modo, se habia apoderado de la antigua daga, que dijimos estaba sobre el vo-

lúmen i saltando sobre la silla la hundió en el retrato i rompiéndolo con inflexible resolucion arrojó los fragmentos por el suelo; destrozó la corona melancólica; hizo tiras el volúmen de la musa enamorada, i dejando el cuarto cerró i volvió a cerrar la puerta; bajó la escala i acercándose al gran pozo de Cherbury arrojó en él la llave fatal.

XII.

Venecia dormia todavía; su madre sola en el cuarto velaba a su lado.—De repente Venecia se movió, abrió sus ojos diciendo con voz débil:—¡Madre!—La sangre se agolpó al corazon de Lady Annabel, esa sola palabra la hacia sentirse feliz.

—Estoi aqui, hija mia, contestó.

—Mamá, ¿qué es esto? preguntó Venecia.

—No ha estado bien, mi hijita, pero ahora está mucho mejor.

—Me parecia que estaba soñando; que alguien me habia golpeado en la cabeza. Pero ahora me siento bien porque Ud. está aqui, mi querida mamá.

Lady Annabel no pudo contestarle; estaba llorando.

—Está Ud. segura, mamá, que no me han hecho nada en la cabeza, continuó, ¿pero, qué es esto? i ella tocaba un lijero vendaje sobre sus sienes.

—Mi hijita, Ud. ha estado enferma, Ud. ha perdido sangre, pero ahora está mejor. He sufrido mucho pero ahora soi mui feliz, mi dulce, mi querida hijita.

—¿Mucho tiempo he estado enferma?

—Ud. ha estado enferma cuatro o cinco dias; Ud. ha tenido fiebre, Venecia; pero ahora la fiebre se ha pasado, solamente está un poco débil i pronto estará bien.

—¡Fiebre! ¿I cómo me vino la fiebre?

—Talvez se resfrió, hijita, pero ahora no debemos hablar.

—Nunca habia tenido fiebre ántes. La fiebre es como un sueño.

—Cállese, hijita, Ud. no debe hablar.

—Deme su mano mamá. No le hablaré si Ud. me deja tomarme la mano. Pensaba en la fiebre que nos habiamos separado.

—No la he abandonado un momento, mi hijita, ni de dia ni de noche; dijo Lady Annabel con alguna ajitacion.

—¡Todo este tiempo! Todos estos dias i estas noches! Nadie sino Ud. lo habria hecho mamá. Ud. solo piensa en mí.

—Pero Ud. me recompensa con su amor, Venecia.

—¿I cómo no amarla, mi querida mamá?

—Ud. me quiere, me quiere mucho, ¿no es cierto, mi querida hijita?

—Mas que todo el mundo, contestó Venecia. I sin embargo,

en la fiebre tambien me parecia amar a otro, pero las fiebres son como los sueños; no son ciertos.

Lady Annabel oprimió con sus lábios suavemente los de su hija, pidiéndole que no hablara mas.

Poco a poco fué Venecia recobrándose, el recuerdo del pasado volvió a su mente claro i distinto. El oríjen de su fiebre dejó de ser un secreto i lo que ocultaban aquellos cuartos cerrados dejó de ser un misterio. En sus sueños volvió de nuevo a acariciar la imájen de ese padre que viera un instante para no olvidar jamas. Inútilmente trataba de avanzar en el descubrimiento de aquel secreto que tenazmente le envolvía. Solo pudo saber que su padre vivía i nada mas.

XIII.

Cinco años hacia desde que Lord Cadurcis dejara la Abadía i en la mañana misma de su vuelta despues de haber recorrido las viejas galerias, visitado el parque i la tumba de su madre se dirijió a Cherbury. No habian pasado creo cinco años [sin que variara Cadurcis a lo ménos en su aspecto. Un aire pensativo se habia hecho habitual en aquel semblante que ya era melancólico en su infancia. Se habian cumplido las promesas de hermosura que sus primeros años presentian. Sus largos bucles negros sombreaban una fisonomia pálida i cuán cuyos razgos delicados espresaban la reserva i la altivez. Su aspecto jeneral atraía la atencion i despertaba el interés.

Habia vivido en medio de la familia de su noble apoderado, ministro del rei en aquella época. Cadurcis pronto tomó el tono i adoptó los hábitos del círculo brillante en que se moría. Llamó la atencion por su intelijencia precoz i sus modales distinguidos. Su tutor aguardaba lleno de impaciencia el momento en que debia introducirlo en la vida pública calculando que su entrada haría honor al maestro i daría lustro a su partido. La ajitacion escepcional que dominaba la política de aquellos dias en que la existencia del imperio colonial se veía sacudida, despertaba las pasiones i exitaba los ánimos. Cadurcis, impetuoso en sus sentimientos por carácter habia adoptado en su mas lata estencion los proyectos, las preocupaciones i las pasiones de sus correligionarios. Era un partidario violento, lo que pudiera escusar sino justificar, las circunstancias de la época i su estremada juventud. Valiente, apasionado, resuelto, e intolerante, era difícil convencerlo de que pudiera ser justo lo que condenaba el círculo en que vivía. Fuera de su bandera se resistía a reconocer la existencia del talento i la virtud.

La vista de Cadurcis se humedeció con la emocion cuando el recuerdo de antiguas escenas i el inesperado encuentro con Ve-

necia trajeron el pasado a su memoria. ¡Cinco años! Ese era un horrible vacío en sus afectos. Desesperaba de poder reavivar ese cariño, roto por tan horrible intervalo i roto voluntariamente por su culpa; i sin embargo principiaba a sentir, que si no encontraba aquel afecto seria desgraciado. No hallaba que hacer: se arrepentía de su vuelta, i sin embargo, ansiaba ver a Venecia. Dominado por estos sentimientos llegó a Cherbury. Con el corazón ajitado, trémula la mano sonó la campanilla de esa casa con que en otros tiempos entraba a todas horas sin ninguna ceremonia.

Quizás nunca ningun hombre se ha sentido mas nervioso; estaba pálido, mas pálido que de costumbre i todo su cuerpo temblaba a medida que oía acercarse los pasos de la sirvienta que venia a abrirle. Hubiera querido que Lady Annabel no estuviera en su casa; pero estaba i se vió en la necesidad de entrar. Se detuvo en el pátio bajo con el pretesto de mirar aquella escena en otro tiempo familiar, pero era solamente para dominar la emoción, porque sentía nublarse su vista. Por fin, entró al salón estendiendo su mano a Lady Annabel Herbert. Ella no estaba cambiada i parecía tan bella i serena como ántes. Plantagenet encontró el saludo un poco mas sério que aquellos que él recordaba i mientras estrechaba su mano con efusión, consiguió murmurar que tenia un placer vivo volviéndola a ver. Cosa extraña, absorbido por la ajitación del momento habia olvidado a Venecia: al volverse i ver una jóven, mas bella que sus visiones, levantarse de su asiento para ir a saludarlo, perdió completamente su presencia de ánimo, se quedó en silencio, hizo un saludo retrocediendo i luego se quedó perfectamente inmóvil.

—Venecia, dijo Lady Annabel, mirando a su hija.

Cadurcis cayó en una silla en una absoluta confusión. La rara i sorprendente hermosura de Venecia, su propia estupidez, la vista de aquel salón i los recuerdos que en confuso tropel se agolpaban a su mente lo paralizaron por completo. La conversacion difícil i monótona, se hizo fácil i amena cuando esas impresiones principiaron a suavizarse i su memoria, que pareció volverle repentinamente, vino en su auxilio con un vigor extraño. Apenas si habia alguien de quien no se acordara. Lady Annabel lo invitó a comer i aceptando ese amable ofrecimiento se quedó hasta una hora avanzada. I cuando llegó el momento de la despedida, siempre tan amargo, estrechando la mano de Lady Annabel—Buenas noches, le dijo, Ud. no puede imaginarse que feliz me siento encontrándome una vez mas en Cherbury. Buenas noches Venecia.—Las últimas palabras temblaron en sus labios; las pronunció con un tono a la vez triste i dulce i su mano sin quererlo retuvo por un instante la mano de Venecia, i en ese breve instante un mundo de pensamiento cruzaron su cerebro.

Antes de retirarse Venecia le decia a su madre.—¿Qué le parece a Ud. mamá? ¿No está mui cambiado?

—Ha cambiado, respondió Lady Annabel, i es ahora lo que yo pensé en un tiempo que el llegaría a ser.

—Parecia mui contento de habernos visto otra vez: i sin embargo durante tantos años no nos habia escrito.

—No es estraño. Era un niño cuando se fué, debió sufrir un cambio mui grande en su vida llegando a Eton. Mui pocos despues de un intervalo tan grande habrian vuelto con sentimientos tan puros i tan tiernos.

—Mamá, él siempre fué su favorito.

—Siempre ví en él el jérmen de grandes virtudes i talentos, pero nunca me imaginé que se habrian desarrollado como parece que lo han hecho.

(Continuará.)

AUGUSTO ORREGO L.

LA JIGANTOLOJIA.

CONFERENCIA DADA EN LA ESCUELA DE ARTESANOS.

1869.

SEÑORAS I SEÑORES:

¿Creis en los gigantes?—Lo dudo. Sin embargo, esta fué una creencia que dominó a la antigüedad. Como todos los absurdos que cuentan con una sancion relijiosa, la creencia en hombres de desmesurada estatura echó raices hasta en los pueblos mas cultos del pasado, i aun en el dia no son pocos los que la aceptan.

No es extraño que los primeros bosquejos de las creencias humanas sean menstruosos, desde que son el fruto de la ignorancia.

Los fenómenos naturales, que suelen desarrollar tan prodijiosas fuerzas, hieren la imaginación de los pueblos nuevos i echan las bases de sus sentimientos relijiosos. Como estos fenómenos ya son favorables, ya adversos, sucede que han dado oríjen a la creencia en dos principios opuestos i antagonistas:—el del bien i el del mal. Así el sol, que arroja el día de su frente i que madura las espigas, ha sido considerado como amigo del hombre, como oríjen de la abundancia i del bienestar. Es el dios popular de los antiguos persas i el dios oficial del imperio de los Incas.

Pero frente a frente del espíritu del bien siempre se ha alzado el espíritu del mal. El temblor que conmueve la tierra i que la ajita como un mar; el rayo que taja el árbol i hiende la roca; el volcan que muje sordamente i que vácia sobre los campos el fuego de sus entrañas, representan otras tantas cóleras que es necesario aplacar. De ahí Osiris i Tifon, Ahri-man i Ormuz, Jehová i Satanás.

Parece que nuestras tribus araucanas, escepcionales bajo tantos respectos, solo invocan a Pillan, principio del mal, a quien temen i quisieran tener siempre propicio.

Hablando de los araucanos, dice Ercilla:

“Jente sin Dios ni lei, aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado.”

Meulin, es su dios bueno, amigo i protector del araucano i enemigo del *huinca*, su propio enemigo. Cuando se agrupan los nubarrones de la tempestad, cuando estalla el trueno i cae el granizo, es Meulin que combate por los araucanos, quienes, aun despues de muertos, siguen guerreando en el aire contra los blancos, que pretenden conquistarlos. No hai para qué captarse la voluntad de Meulin: auxiliar a los indios es su propio interes, i no necesita de estímulos. Ni podria hacerles mal porque entónces dejaria de ser el dios del bien; se convertiria en un dios escéntrico, que salía del rol que está llamado a representar.

Como no es mi ánimo entrar a examinar el estado relijioso de los pueblos, ni la marcha progresiva que han seguido todas las creencias en su desarrollo lójico, me limitaré a observar que la naturaleza obedece a leyes fijas e inmutables, que se verifican sin interrupcion. Tan inútil es, pues, el sacrificio ofrecido a Júpiter para que no fulmine el rayo, como que el araucano clave su lanza en la tierra para que no siga temblando,

como cuentan algunos que en efecto lo hace. La naturaleza sigue su marcha solemne i armoniosa, sin que sean parte a detenerla las súplicas humanas que no sabe escuchar. Es necesario comprender sus leyes para no contrariarla, si no queremos que nos pulverice en su marcha.—El verdadero *Pillan* es la Ignorancia!

En las fantásticas creencias de los tiempos pasados, de que no quedan pocos restos, se admite la existencia de seres semejantes al hombre, aunque de monstruosas proporciones. No os hablaré de los duendes, ni de los silfos, ni de los sátiros, ni de los enanos contrahechos, que mas pertenecen a los cuentos fantásticos de Hoffman i de Poe; pero, me detendré a examinar la creencia en los gigantes, que ha sido tan jeneral i que aun subsiste. De éstos descartaremos a Argos el de cien ojos, i a Briareo el de cien brazos con que manejaba otras tantas espadas i broqueles. Hoi nadie creeria en la existencia real de estos tipos emblemáticos de la mitología griega.

Esos mismos griegos, tan cultos i tan elevados en su sentimiento artístico, admitian en sus mitos una raza de gigantes, hijos del cielo i de la tierra, que habrian poblado nuestro planeta en los tiempos primitivos. Estos, para escalar el trono de Júpiter a quien movieron guerra, amontonaron sobre el Pelion el monte Osa i sobre éste el Olimpo. Desde los tramos de semejante escalera, digna de su talla, arrojaban peñones contra el asaltado, los que, al caer sobre la tierra formaron las islas i las montañas. Sin embargo, el rayo de Júpiter los persiguió i los anodó. En esta guerra formidable, Minerva, la diosa de la sabiduría, tomó parte mui activa contra los asaltantes. Los gigantes vencidos fueron precipitados unos en el Ténaro i otros enterrados vivos bajo los montes. Así Encélado, tuvo por tumba las entrañas del Etna, que se sacude i arroja llamas con los esfuerzos que hace el gigante sepultado por romper los muros de su prision.

Como toda la fábula griega, esta es una ficcion poética que oculta tras diáfano velo, el pensamiento de aquel pueblo.

El mito de los gigantes, parece traslucir la idea de la formacion de las islas i montañas, atribuida a la accion de fuerzsas superiores a las humanas. La idea del hombre asaltado por fuerzas descomunales de las que triunfa al fin mediante su propio esfuerzo, auxiliado por la razon, Minerva luminosa que nace de su cerebro. Así como como doma al elefante i vence al leon que tanto le aventajan en vigor; así como cambia el curso del rio i allana las montañas, de la misma manera, de las fuerzas cósmicas que lo amenazan hace sus esclavos. El rayo fué un dios esterminador; la Minerva humana descubrió la lei de la electricidad, domó al dios i lo hace servir al progreso, ligándolo para siempre al alambre telegráfico. Por último, ese mitho a mi juicio representa las conmociones volcánicas, que esos pueblos no

acertaban a esplicarse de una manera satisfactoria. ¿No se ven retratadas en las convulsiones de los gigantes sepultados bajo los montes?

Segun los mithos rabínicos, Og, rei de Basan, era de tales dimensiones que Moises, aun cuando media 22 piés, hubo de saltar otro tanto para herirle en el tobillo! La biblia, sin embargo, le reduce a mas modestas proporciones, pues que solo le asigna 9 codos de alto, lo que es un poco mas de 4 metros.

Goliath, derribado por la honda de David, ya es ménos exagerado: mide 2 metros 70 centímetros. Como veis, la raza de los gigantes comienza a decaer lastimosamente. Siguiendo esta escala descendente ¿acaso llegará el dia en que nos veamos reducidos a un glóbulo homeopático, a un ser microscópico, a un átomo, a una nada?

—No lo temais, i aquí entro de lleno en el objeto de mis conferencias. Voi a haceros ver que la raza humana, léjos de decaer, progresa en todos sentidos. Esta noche solo trataré la cuestion de cómo no ha habido gigantes i de cómo el hombre físicamente no ha decaído, como aun hai muchos que lo pretenden.

En otra ocasion ya os he hablando de esa ciencia nueva que se ocupa en registrar los archivos del pasado, para descifrarnos la historia auténtica de la tierra escrita en sus propias entrañas. Sabeis que os hablo de la jeología, que no solo investiga las formaciones diversas de los terrenos i las metamórfosis i revoluciones, ya lentas i seculares, ya repentinas porque ha atravesado el planeta que habitamos, sino que recoge hasta los huesos perdidos que halla a su paso, i reconstruye con ellos los seres estraños de los diversos períodos.

En el dia se estudian a la luz de la ciencia hasta las huellas de las pisadas que esos seres han dejado estampadas en las arcillas seculares de algunos parajes; hasta las marcas que gravaron las lluvias caídas hace centenares, talvez millares de siglos!

En el dia ya no se llama con ignorante desden *ludes naturæ*, juegos de la naturaleza, a las cristalizaciones i concreciones que descubre la pala del jeólogo. Ya no se llama *estercus diaboli*, estiercol del diablo, los restos fósiles que con tal denominacion bautizó el labio satisfecho de los místicos!....

Busquemos las razas de gigantes que existen en los archivos del pasado, i veamos qué nos cuenta la ciencia desinteresada sobre nuestra supuesta decadencia.

Los restos fósiles, sobre todo de elefantes, que la casualidad ha descubierto, desde los tiempos mas remotos han dado oríjen a leyendas mas o ménos fantásticas, que recojidas con avidez en la Edad-media crearon ese curioso jénero de literatura denominado la *jigantolójia*.

Describiré a grandes rasgos esos encuentros casuales, que

parecían confirmar muchas de las creencias absurdas que habían dominado entre los hombres.

Ya en la época de Pericles pretendían haber encontrado la tumba de Ajax, el héroe homérico que pedía luz! a los dioses para combatirlos. De allí se había estraído la rótula del esforzado guerrero, la que, según Figuiet, debía tener las dimensiones de un plato de los que ahora usamos.

El cuerpo de Orestes, descubierto por los espartanos, media 7 codos, mientras que el de Astério, hijo de Ajax, según Pausánias, alcanzaba a 10 codos.

El padre Kirchere, que tanto se ocupó de acústica, habla de tres de estos gigantes hallados en su tiempo, i Bocacio refiere el descubrimiento de los restos de Polifemo. En fin, interminable es la lista que registra la jigantología, i renuncio a nuevas citaciones, para detenerme a examinar la manera como estos restos han sido apreciados por la ignorancia i por la ciencia.

A fines del siglo XVI un violento huracan descuajó una encina en el cantón de Lucerna, i así se descubrió un esqueleto incompleto que durante siglos el árbol había estrechado entre sus raíces. El célebre médico Félix Pater, profesor de Basilea, examinó estos restos, i proclamó a son de trompa que pertenecían a un gigante no menor de 19 piés de alto! Desde entónces Lucerna agregó a su escudo de armas aquel prodijio de su suelo. Mas tarde Blumenbach, anatómico que bautizó el Mammoth con el nombre de *elephas primigenius*, examinó el homoplato i un fragmento del carpio de aquel gigante, i reconoció que aquellos eran, en efecto, restos de un gigante, de un elefante antidiluviano, de un mastodonte!

Otro doctor, un Mazurier, no tardó en encontrar también un hombre colosal, capaz de eclipsar al que halló cabida en los blazones de Lucerna.

Contaba este charlatan, que a orillas del Rhin, había descubierto una tumba de ladrillo que media 30 piés de largo i 15 de ancho, sobre cuya loza, a duras penas había decifrado estas dos palabras: TEUTOBOCCHUS REX. La tumba encerraba el esqueleto que Mazurier mostraba como el de Teutoboco rei de los Cimbrios, llevado en triunfo a Roma por Mario. Además, la tumba contenía cinco medallas con la efígie de este desgraciado vencedor. El buen público, como siempre ávido de curiosidad i gran admirador de los charlatanes que lo esplotan, sueldo sobre sueldo, amontonó una buena fortuna para el audaz exhibidor de Teutoboco. El éxito de la superchería fué maravilloso: nadie desconfió del ladino doctor quien contó entre sus admiradores al mismo rei frances Luis XIII i toda su corte.

En vano el anatómico Riolan aseguraba que aquellos huesos eran los de un elefante. Las jentes, como de ordinario acontece, se encojian de hombros, lo miraban con desden o lo satirizaban.

En vano se observó que las pretendidas medallas de Mario, llevaban caracteres posteriores a la época que se les hacía representar.

Segun se sabe por Gassendi, el autor de las publicaciones de Mazurier, que gozaron de indisputable crédito, fué un padre jesuita apellidado Tissot.

Teutoboco restaurado por la especulacion de dos farsantes suscitó una larga i acalorada disputa, de que quedan para memoria algunos pamfletos en donde campea el insulto mas que la ciencia. En esta singular polémica hubo de tratarse mui especialmente de la talla de Adan, i algunos no trepidaron en elevarlo hasta las nubes. Por lo ménos estos eran lójicos, si se atiende a la proporcion en que el hombre iba disminuyendo de estatura desde la época de Mario hasta la del jesuita Tissot.

En lo que casi todos se hallaron de acuerdo fué en la idea de que los héroes troyanos tenian mas de veinte piés de alto, i en lo de que la raza humana iba decayendo a toda prisa.

Ahora señores, me permitireis, presentaros los famosos restos del rei de los Cimbrios!

Helos aquí!.....

(*Despues de presentar a la reunion un lienzo con el esqueleto de un mastodonte, i de dar algunas lijeras esplicaciones sobre el dibujo.*)

Basta contemplar estos restos para asombrarse de la credulidad humana en aquellos buenos tiempos de Mazurier i Ca. Sin embargo, la credulidad hoi mismo no es menor. Sin salir de nuestro asunto, cuántos mastodontes no nos hacen pasar hoi por reyes, exelencias i celebridades, i ai! de quien diga lo contrario!.....

El mastodonte que sirvió a la farsa de Teutoboco, existe aun en los estantes del museo de historia natural de Paris. No del mismo, pero sí de algun pariente podeis ver algunos huesos en nuestros museo.—Provienen de la antigua laguna de Taguatagua, hoi disecada.

El mastodonte era una especie de elefante. Se diferenciaba del actual principalmente en la forma de las muelas i en que tenia cuatro colmillos en ves de dos. Abundante fué en América, i sus restos se encuentran en el terreno terciario.

Los indios de Norte-América lo llaman *el padre de los bueyes* en sus canciones i leyendas. Esto haria presumir que aquellos indios conocieron el mastodonte, si no existieran numerosas pruebas de que alcanzaron a ser sus coetaneos:—entre otras se cita la de haberse encontrado a gran profundidad un hueso de este paquidermo, conservando aun enclavada la punta de pedernal de una flecha indiana.

A pesar de que algunos centenares de siglos han corrido desde entónces, los restos de hombres fósiles vueltos a la luz no revelan mayor talla que la actual. Podeis dormir tranquilos:

vuestros descendientes no irán disminuyendo hasta reducirse a cero!

Pero basta ya del mastodonte: *la salamandra* nos espera, i traigo para vosotros una interesante historia sobre este fósil, aun que tengamos que hacer un paréntesis a nuestras historias de gigantes.

En unas canteras de roca calcárea a orillas del Rhin, hallóse en 1725 un esqueleto incrustado en la piedra i en buen estado de conservacion.

Aquí teneis el dibujo de ese esqueleto cuya historia os voi a referir.

Scheucher, naturalista suizo, examinó estos restos, i, con toda la grave autoridad del teólogo, que lo era, declaró solemnemente que aquellos eran los despojos malditos de un hombre testigo del diluvio, *homo diluvii testis!*—Esto lo dijo i lo repitió por escrito i de palabra; en prosa i en verso; en publicaciones científicas i en disertaciones teológicas.

Pedro Camper fué el único que se atrevió a esclamar:—“¡Cómo puede confundirse con un hombre un lagarto petrificado!” Tambien en esta ocasion la opinion pública contrariada no tuvo para Camper mas que mofa i desprecio. El teólogo i naturalista suizo habia de tener razon. Esta es la historia de todos los dias. El hombre instintivamente busca la verdad, marcha a tientas en las tinieblas, se deja seducir por el error, lo estrecha contra su corazon i ya no lo abandona. Cuanto mas si nos avasallan las preocupaciones de la cuna, o el espíritu estrecho de sistemas preconcebidos.

El testigo del diluvio por tal fué tenido hasta que llegó Cuvier, fundador de la anatomía comparada. Este sabio eminentísimo declaró que aquellos eran los restos de una salamandra;—que no se trataba del esqueleto de un hombre, sino del de un batracio anfibio de la época terciaria. Mas de un *hábil* debió sonreír de la opinion del sábio.

Pero Cuvier, sin arredrarse por las dudas de ciertas ignorancias doctorales, dibujó los huesos que faltaban hasta completar el esqueleto i dijo que, si se rejistraba con cuidado la masa que lo contenia, esperaba que esos huesos, que por el momento solo estaban en su dibujo, luego aparecerian a justificar su opinion, tan contraria a la corriente i aceptada.

Así se hizo, i en efecto, a medida que el cincel avanzaba, la roca iba arrojando de sus entrañas los huesos que el sábio le pedia, i que ya su mano habia trazado con sorprendente semejanza.

Cuvier habia triunfado. La ciencia, contra la opinion jeneral, restablecia la verdad.

Por último, para despedirme del mundo de los gigantes imaginarios, me permitireis citar algunas palabras de Figuier autor de que me he servido para preparar esta conferencia:—

“La literatura española conserva la narracion de muchas historias de jigantes, declarados tales por la inspeccion de sus huesos.—El pretendido diente de San Cristóbal, que mostraron a Luis Vives en la iglesia dedicada al mismo santo en Valencia, no era por cierto sino el molar de un elefante fósil!

No hai sin embargo, porque asombrarse de que en los primeros tiempos de la iglesia se tomaran por reliquias de santos los huesos de elefante, desde que este linaje de errores se ha estendido hasta los confines de nuestro siglo. En 1789 los canónigos de San Vicente, para implorar las lluvias hacian rogativas en que paseaban en procesion por calles i campos, un pretendido *brazo de santo*, que resultó ser el fémur de un elefante.”

Quando se encuentran crédulos, hasta los elefantes obran maravillas!.....

(Concluirá.)

E. DE LA BARRA.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Santiago, mayo 14 de 1872.

El tiempo que atravesamos está herizado de cuestiones. Las dificultades se presentan a cada paso, i no podemos eludirlas. Los acontecimientos siguen su marcha natural sin que ni la afectada indiferencia de los unos, ni la enérgica oposicion de los otros, ni los artificiosos expedientes de los más sean bastantes para desviarlos o detenerlos. Hai en la superficie una tranquilidad perfecta que no se esplica despues de las ardientes ajitaciones de 1871; pero esta calma tropical de las capas exteriores de la política no hace mas que ocultar las tempestades del fondo, en donde los problemas han ido incesantemente acumulándose. Desde la libertad de exámenes hasta la abolicion de títulos, desde la

secularizacion de cementerios hasta la desaparicion del fuero eclesiástico, las fases mas importantes de nuestro modo de ser político i social se miran, se estudian i se analizan al través de una crítica severa que no está dispuesta a contentarse con medias palabras ni con medias soluciones.

El decreto de fines de 1871 ha producido hasta aquí benéficos resultados. Inspirado únicamente por el deseo de debilitar la lejítima influencia que bajo la direccion de don Diego Barros Arana se habia conquistado el Instituto Nacional, ha sido a pesar de todo una afirmacion de la libertad para el presente i será un elemento de progreso para el porvenir.

Temióse por un instante que el decreto se hubiera atravesado en el camino que debia recorrer la comision nombrada por la cámara de diputados en los últimos meses de 1871 para estudiar a fondo la organizacion de la enseñanza. Felizmente, la comision se ha puesto a la obra aunque con algun retardo, i dos de sus miembros han presentado ya un proyecto para constituir la Universidad.

Este proyecto, que lleva al pié la firma de los señores don Manuel Antonio Matta i don J. Blest Gana, ha recibido los ataques mas opuestos i contradictorios. Colocado en un término medio escrupuloso, no ha podido satisfacer ninguna de las opiniones extremas i ha incurrido en la reprobacion de todas. Sin embargo, cuando se compara la situacion que el proyecto hace a la Universidad con la que hasta hoi ocupa esta corporacion, es imposible desconocer que de una entidad inútil i ordinariamente perturbadora se forma un resorte indispensable en el descuidado i pobre mecanismo de la instruccion.

El proyecto establece un cuerpo que tiene personalidad, utilidad, atribuciones, i por consiguiente prestigio i responsabilidad. Adoptado el concurso, viene naturalmente la independencia del profesorado. El profesorado independiente traerá la competencia del profesor, la elevacion de la enseñanza i el rápido progreso de la ciencia. Por este lado, el proyecto no da lugar a la censura; i los que lo atacan lo hacen únicamente impulsados por el temor de que una vez emancipadas, las cátedras sean foco de luz i de verdad, dejando la luz i la verdad de estar sujetas al criterio no siempre intelijente ni ilustrado de un ministro de instruccion pública.

Los títulos profesionales quedan subsistentes, i de aquí la censura de los otros. Se querria la completa i absoluta libertad. Es jeneral este deseo. A pesar de las trabas hoi vijentes, no entran solo los escojidos al santuario de las profesiones. Hai que recorrer un largo, un larguísimo camino; pero este camino es una dolorosa via-crucis mas para la paciencia que para la intelijencia de los individuos. Bien poco o nada prueban los exámenes, i puede decirse lo mismo de los títulos; pero conocidas las po-

cas simpatías que despierta entre nosotros el estudio, hai que convenir en la necesidad de los cursos obligatorios aunque sea un escaso número el que los haga con buen éxito.

De todas maneras, no es posible dejar de reconocer un progreso en la organizacion que se trata de dar a la Universidad. Abolido ya el monopolio de los exámenes, la esfera de accion de los colejos particulares se ha estendido. El tiempo, la práctica, el público, los resultados, harán que la enseñanza privada vaya poniéndose paulatinamente al nivel que hoi tiene la enseñanza oficial. Para entónces venga la desaparicion de los títulos; para entónces debilite el Estado sus esfuerzos en favor de la instruccion superior. Miéntras tanto, el hecho indudable es que sin la intervencion enérgica i constante del Estado, la ciencia, que entre nosotros principia a despuntar apénas, se veria obligada a aguardar un largo período de años para dar principio a su nacimiento i su desarrollo. El peor enemigo de lo bueno es lo mejor, ha dicho en estas mismas pájinas con su incomparable sentido práctico nuestro antiguo maestro don Miguel Luis Amunátegui; i si es indudable que el ideal dorado de la libertad se dirige a la abolicion de los diplomas de competencia espedidos por una oficina pública, es indudable tambien que en materia de instruccion como en todos los demás órdenes de la vida las reformas seguras, eficaces i permanentes son aquellas que modifican sin derribar i que transforman sin destruir.

La cuestion de los cementerios continúa debatiéndose. Uno de nuestros amigos, cuya intelijencia así sabe remontarse a las altas rejiones de la fantasía como descender a las profundidades de la tierra para leer en el gran libro de la naturaleza, ha tenido la abnegacion de consagrarse a resucitar antiguos códigos i empolvados mamotretos. Sus numerosos artículos, bajo el epígrafe de *Saludables advertencias*, han hecho vulgar en el país una cuestion que se quiere resolver segun lo que pensaron San Juan Crisóstomo i San Júdas Macabeo. Toda la prensa de la república los ha reproducido, i su trabajo no ha sido estéril. La opinion pública se ha pronunciado ya, i en el congreso se responderá al señor Obispo de la Concepcion con un proyecto de lei que devuelve al Estado la propiedad de los cementerios i que aboliendo el fuero eclesiástico devolverá a los ciudadanos la igualdad ante la lei.

La intendencia de Santiago está siendo el tópicó esclusivo de las conversaciones del público. Verdad es tambien que forma el alimento casi esclusivo de los diarios. Si la actividad del funcionario debe medirse por la fecundidad del escritor, su señoría es el intendente mas laborioso que recuerdan los anales de Santiago. El señor Vicuña ha pasado en revista desde el pavimento de las calles, que quiere cubrir con adoquines, hasta la cima del

Santa Lucía, en donde quiere colocar los jardines aéreos de Babilonia, desde los calabozos del Presidio, que quiere hacer hijiénicos i tolerables, hasta las celdas del Hospicio, en que ha creado un nuevo departamento, desde el Cementerio a donde quiere que la muerte se dirija por una via elegante i espaciosa, hasta los arrabales de la ciudad, en donde quiere que la limpieza i la estension permitan el libre desarrollo de la vida. En una palabra, el señor Vicuña nada ha dejado por recorrer, por examinar, por estudiar i por corregir; i si en muchos de los mil i un decretos que hasta hoi ha publicado se ven ideas equivocadas i vulgaridades administrativas, en ellos queda siempre una cantidad considerable de pensamientos útiles i de mejoras necesarias.

El señor Vicuña, escritor hasta la médula de los huesos i lleno siempre de ilusiones por mas que se haya encanecido buscando la verdad histórica en el polvo de los archivos, cree que el vecindario derramará su dinero sobre la ciudad, descuidada i profusamente como él derrama sus ideas o sus palabras sobre las columnas de la prensa. Hasta hoi los proyectos de su señoría alcanzan a la pequeña suma de seis o siete millones de pesos, cifra que mañana bien puede duplicar una nueva inspiracion. La sola lectura de esta cifra ha llevado el pánico a los bolsillos del público. El *nolli me tangere* es la única máxima que han practicado siempre con una enerjía indomable los contribuyentes del país, a quienes el dar de Quevedo es el único dar que les agrada. Miéntras estos proyectos no salgan de la esfera de los diarios, el vecindario guardará silencio recordando que el papel lo aguanta todo.

Pero el tiempo pasará; i si el señor Vicuña no escapá a tiempo, tendrá necesidad de principiar a poner en práctica algunas de sus múltiples ideas: lo emplazamos para entónces. Es mui posible que al pié de la estatua de O'Higgins, en donde dentro de pocos dias se reunirán diez mil desocupados para escucharlo i aplaudirlo, se congreguen dos o tres mil vecinos alarmados en su bolsa para pedir a gritos su separacion.

Si la adoquinacion es un proyecto importante para que Santiago deje de ser la ciudad de los sacudones, de los lodazales i de las polvaredas, si el mejoramiento del Presidio es un deber de justicia i humanidad, si el nuevo departamento del Hospicio es una obra de noble filantropía i si las fiestas con que va a solemnizarse la inauguracion de la estatua de O'Higgins son un acto de reparacion i patriotismo, en cambio el decreto que ha espedido la Intendencia para suprimir la mendicidad es una impremeditacion indisculpable, por mas que el público lo haya aplaudido con entusiasmo i por mas que la prensa no lo haya censurado con acritud.

En los primeros dias recayó sobre él una aprobacion unánime. Recordábase solo lo asqueroso del mendigo, lo falso de su mise-

ria, la corrupcion que a veces cubren sus harapos, el tráfico infame que jeneralmente se practica invocando la caridad. Sin ninguna causa ostensible que pudiera justificarlo, en Santiago estaba desarrollándose un verdadero pauperismo. En ciertos dias de la semana invadia las calles de la capital una multitud informe, andrajosa i nauseabunda que hacia alargar la mano i volver el rostro, que despertaba la repugnancia mas que la compasion i a cuyo impuro contacto todo el mundo queria sustraerse. Agréguese a esto otra multitud no ménos numerosa de niños de corta edad que educados en el ocio habian adquirido la jerga del pordiosero, i que apelando a los sentimientos filantrópicos de un público engañado marchaban a grandes pasos por el camino de la depravacion, i se tendrá una idea de lo que habia llegado a ser la mendicidad.

El mal era grave indudablemente, i se hacia indispensable correjirlo. Al dictar el decreto que nos ocupa, la Intendencia no hizo mas que traducir un pensamiento jeneral; pero las autoridades serian inútiles si solo tuvieran por objeto convertir servilmente en prescripciones legales los deseos que a una mayoría más o ménos respetable se le ocurre formular. Las autoridades están en el deber de ser justas, sensatas i intelijentes para satisfacer o rechazar, para adoptar o rehacer las exigencias públicas segun ellas sean inspiradas por la verdad o por el error, por el egoismo o por el desinterés. Hai ciertos principios de equidad natural i de derecho primitivo que en todo tiempo i en todas partes es necesario atender i respetar, i entre ellos ninguno mas sagrado que el que reconoce en el desvalido la facultad de implorar en la calle o en la plaza, desde el hogar propio o en el domicilio ajeno, la proteccion de aquellos a quienes la fortuna ha prodigado sus favores.

Desde luego, hai en el decreto una frase absurda que no se justificará jamás: la mendicidad es prohibida. La mendicidad no puede prohibirse con más derecho ni con mas eficacia que la viruela. Ambas son un mal, una plaga, una epidemia lamentable; pero prohibirlas es querer estirpar por una simple providencia administrativa un hecho humano, fatal, imprescindible que se renovará todos los dias mientras en el mundo haya desigualdad de condiciones, mientras los ojos puedan perder su luz, los brazos su movimiento i el cerebro su actividad. No hai solo una jeneracion de pobres. La sociedad es como un vaso en que el agua, inmóvil al principio, va ajitándose despues al calor del progreso, de la riqueza i de la poblacion. Las partículas que se entibian suben a la superficie, i las de temperatura mas baja descienden hasta el fondo. Suprimidos los mendigos de hoi, vendrán los mendigos de mañana; i la autoridad, incapaz de transformar las leyes naturales del universo, será impotente para estirparlos.

Hai abusos, esplotaciones, crímenes encubiertos por los hara-

pos del mendigo, i es preciso castigarlos. Pero ¿qué se hace para esto sino condenar de un golpe la verdadera i la falsa miseria confundiéndolas ambas en una misma disposicion? No habia necesidad de resucitar decretos fenecidos ni de crear principios nuevos: el dolo, la estafa, la vagancia están prohibidas por antiguas leyes que la policía nunca debió olvidar. El señor intendente bien pudo limitarse a pedir a sus subalternos el simple cumplimiento de la lei sin necesidad alguna de esa inmensa aglomeracion de citas i de anécdotas que da en apoyo de su decreto.

I luego, pena causa reconocerlo! lo que se suprime es la mendicidad harapienta i nauseabunda, la que nos pide un pan para su sustento, la que nos hace volver los ojos i detener la respiracion, nó la que se viste con decencia ni la que exige un cóndor para satisfacer las conveniencias del respeto humano. ¡Desgraciadamente, si tenemos al exterior los ojos de la cara, tenemos dentro del pecho escondido el corazon, i no nos acordamos de que el corazon debe conmoverse cada vez que la vista se siente mortificada! Lo demás es practicar un egoismo infame, sacrificar la miseria irremediable a la comodidad de nuestros placeres i hacer a un lado la desgracia del desvalido para que no se perturben nuestras fiestas con el espectáculo del dolor.

Lo que resulta despues de todo es que la miseria se eleva a la categoría de delito, i que se condena a prision perpétua, porque prision perpétua es el Hospicio, a los que han cometido el crimen, el crimen involuntario, de ser cojos, mancos o ciegos. ¿Por qué mendigar en la calle cuando en el Hospicio se encuentra el pan? Pero ¿a qué precio? ¿No se cuenta para nada el instinto de la libertad que es igual sino mayor que el instinto de la conservacion? No importa: la raza canina se estirpa con píldoras de arsénico. La raza de los indijentes con la reclusion a perpetuidad.

I miéntras tanto, despues de reconocer que la mendicidad es la herencia del inválido como el trabajo es la herencia de los pobres, la Intendencia de Santiago no tiene el menor inconveniente para permitir a las hermanas capuchinas el derecho de invocar la caridad. ¿Las santas mujeres son inhábiles para el trabajo? Han hecho voto de pobreza, es cierto; pero ¿puede uno obligarse a ser mendigo? No hai miserables voluntarios; i la autorizacion concedida a aquellas reverendas madres está probando que los principios absolutos son impracticables aunque se emplee para defenderlos todo el papel que producen las fábricas europeas.

Pero hagamos una transicion violenta conservando hasta cierto punto la unidad de esta revista con la identidad del personaje que nos ha detenido por mas tiempo. La lluvia ha caido a cántaros, i las infinitas comisiones i los programas infinitos que debian reunirse i realizarse en torno del monumento elevado a

la memoria del ilustre O'Higgins han tenido que aguardarse para mejores dias. Las calles estaban embanderadas, indicados los oradores, colocadas las tribunas, invitados los intendentes i los cabildos, todo previsto, dispuesto i preparado para la gran solemnidad de la inauguracion. Se habia gastado en anunciarla mas papel del que gastó en cartuchos el insigne dictador para vencer al enemigo. Pero vino el agua, i los hijos de ese jeneral que se batió cien veces calado hasta los huesos i con el fango hasta las rodillas, no pudieron desafiar el capricho de las nubes. Verdad es que en Inglaterra ninguna reunion ni procesion alguna se posterga por las variaciones de la atmósfera; pero nosotros no podríamos batirnos ni votar lloviendo. La gloria de O'Higgins pende de un aguacero; i si en algun domingo de abril al cielo se le ocurre abrir sus cataratas, no habrá político bastante ardiente que se atreva a cerrar su paraguas para depositar en la urna su sufragio.

Soledad al rededor del monumento i soledad en el interior de los teatros. En vano los Garay, antiguos conocidos, se empeñan por atraer al público; en vano la señora Civili, intelijencia indisputable, se esfuerza por no comprender que nuestro público tiene ocupaciones numerosas que le impiden asistir al espectáculo. Los artistas saben que cada vez que en el colejio de San Luis o de los Padres Franceses se representa por muchachos de diez años una comedia mutilada, estropeada i remendada, el respetable público acude en tropel i se disputa la felicidad de obtener una carta de invitacion. ¿Qué puede probar este ahinco extraordinario sino una aficion irresistible por el drama? En esos escenarios improvisados, no hai sillones confortables ni siquiera una techumbre de madera. El público se estropea por llegar, con la seguridad de estar allí al aire libre i con la probabilidad de atrapar un reumatismo o por lo ménos un catarro. I los artistas que tienen el candor del talento i la vanidad del arte, creen que todo es repartir unos cien carteles i reunir quinientos espectadores.

Error, i error lamentable que se traduce en el pago de la orquesta, de la luz i del local. Nuestro público, enérgicamente inclinado a gozar los encantos de la música en la Alameda o en la Plaza, pierde todos sus apetitos filarmónicos cuando está de por medio esa formalidad prosaica de la boletería.

No hai como escuchar un buen redoble de tambor sentado en un sofá de hierro a la sombra de los árboles. ¡Los teatros! ¡Los teatros son mui estrechos, mui mal ventilados, i luego si viene un incendio hai tan poquísimas salidas! ¡I despues aquellas piezas, i aquellos actores i aquellos entreactos!

En el curso de nuestra vida hai una época solamente que tiene el privilejio de conmover la rebelde fibra artística de la poblacion. El 15 de setiembre aparece el programa oficial de las fiestas cívicas anunciando que al salir el sol se hará en la forta-

leza de Hidalgo la salva de Ordenanza i que por la noche, una vez terminados los fuegos de artificio, se dará principio a la funcion de teatro entonando el himno nacional. La jente no puede resistir a la invitacion de la intendencia: las paredes se han blanqueado, se han enarbolado las banderas, se ha sentido el olor a pólvora en el Campo de Marte i en la Plaza principal. El público se agolpa, el teatro se hace estrecho, i dos dias despues, *quantum mutatum ab illo!* el teatro puede apostar con el cementerio a cual de los dos está mas sombrío i solitario. Son entusiasmos intermitentes que revelan un público con tercianas.

Por lo demás, la misma vida tranquila, uniforme i monótona de siempre. El país no se acuerda del gobierno, i el gobierno no se acuerda del país. Chile es una nacion privilegiada en donde la administracion podria suprimirse. Para satisfacer nuestras necesidades, con el comandante de policia basta i sobra. Para conservar la respetabilidad tradicional de la primera magistratura, un presidente de afrecho bastaria. Los moros huyeron mucho tiempo ante el cadáver del Cid.

I aquí deberíamos poner punto final a estos renglones que se han prolongado mas de lo que quisiéramos; pero estamos en la obligacion de dirigir una palabra de gratitud a nuestros amigos i compañeros de la prensa liberal que en esta ciudad i en las provincias han saludado a la REVISTA DE SANTIAGO con marcadas muestras de simpatía. Guiados por un noble propósito, hemos encontrado en todas partes auxiliares jenerosos. Como lo verán nuestros lectores al frente de este número, la REVISTA se ha enriquecido con nuevos e intelijentes colaboradores, cuyos trabajos serán una prenda de buen éxito para ella i una garantía de buen servicio para el público, colaboradores entre los cuales ocupa el puesto de honor i de preferencia el nombre ilustre i simpático de la señora doña Rosario Orrego de Uribe que a veces bajo su firma, a veces bajo el venerable seudónimo de Una Madre ha llevado el delicado espíritu i el tierno corazon de la mujer al campo de la literatura nacional.

FANOR VELASCO.

vez terminados los fuegos de la guerra, una
 cion de teatro entonando el himno nacional. La
 resistir a la invitacion de la intendencia: las
 quedado, se han embolado las banderas, se ha
 pólvo en el Campo de Marte i en la Plaza principal.
 se agolpa, el teatro se hace estrecho, i dos dias
 a guisa de teatro, a guisa de teatro, a guisa de teatro.

**A la eterna amistad que así me jurás,
 Tu desden i tu olvido yo prefiero.**

Solo amistad mis lábios te pedian?

Solo amistad tus ojos me ofrecieron?

De tu perjurio en cámbio mi perjurio,

De tu cobarde amor mi amor en premio

Demandas hoi, ahora que arráncarte

De mi humillado corazón no puedo.

Si no he soñado que te amé i me amaste,

Si esa felicidad no ha sido un sueño

I nuestro amor fué crimen, ese crimen

A mi vida te unió con lazo eterno.

Cuando a la luz del arrebol dorado,

De la verde ribera en los oteros

Silvestres flores para mí cojias

Con que adornaba yo tus bucles negros;

Cuando en la cima del peñón, el río

A nuestros piés rodando turbulento,

Libres como las aves que cruzaban

El horizonte azul con tardo vuelo.

Te oprimí tembloroso entre mis brazos

I enjugaron tus lágrimas mis besos,

Solo amistad entonces me ofrecias?

Solo amistad mis lábios te pidieron?

JORJE ISAACS.